OCIO, CULTURA Y ESTILOS EN Página/12 AÑO 1 • Nº 25 • DOMINGO 2 DE FEBRERO DE 1997

RADAR



Soriano según: *Osvaldo Bayer* • *Héctor Bianciotti* • *Isidoro Blaisten* • *Miguel Bonasso* • *Roberto Cossa* • *Crist* • *Antonio Dal Masetto* • *María Esther De Miguel* • *Jorge Di Paola* • *Ariel Dorfman* • *Eduardo Febbro* • *Roberto Fontanarrosa* • *Juan Forn* • *Rodrigo Fresán* • *Elvio Gandolfo* • *Mempo Giardinelli* • *Liliana Heker* • *Francisco "Negro" Juárez* • *Vlady Kociancich* • *Angeles Mastretta* • *Tununa Mercado* • *Pedro Orgambide* • *José María Pasquini Durán* • *Daniel Paz* • *Rodolfo Rabanal* • *León Rozitchner* • *Sábat* • *Guillermo Saccomanno* • *Juan Sasturain* • *Ana María Shua* • *Antonio Skármeta* • *Antonio Tabucchi* • *Rodolfo Terragno* • *Carlos Ulanovsky*


Daniel
PAZ



Por qué

Por JUAN FORN No hizo falta convocar a nadie. En las horas siguientes a la muerte de Soriano fueron llamando, uno tras otro, sus amigos, preguntando si podían escribir para el diario. La decisión se tomó sola: dedicar el número entero de *Radar* a Soriano. La consigna también surgió de la misma manera, espontánea u obvia: evitar las necrológicas. Quienes trabajaron a su lado en una redacción lo saben bien; no había nadie mejor que Soriano para esa tarea. Por una sencilla razón: jamás embellecía al muerto. Sus amigos han seguido simplemente esa línea.

Algunos enviaron sus textos por fax o e-mail, desde fuera de la ciudad o desde fuera del país. Otros se acercaron al diario con sus páginas ya escritas. Otros se sentaron en alguna de las máquinas de la redacción a escribirlas. No hubo tarea real de edición en este número de *Radar*. Apenas el ordenamiento mínimo de los textos, para mostrar, si es posible, a Soriano tal como fue apareciendo a los ojos de cada uno de quienes escriben. Algunos se remontan a los tiempos de Tandil, otros a los años bohemios de *La Opinión*, al exilio, al retorno al país. Algunos llegaron a él a través de sus libros, otros asistieron a la escritura de esos libros. El perfil que fue dibujándose a través de todos esos textos es de una infrecuente y nada casual coherencia.

Es sabida la aversión de Soriano a ser fotografiado. Las imágenes que acompañan este suplemento dan cuenta de esa reticencia. Catherine hizo llegar al diario algunas fotos maravillosas que tenía en su casa. Medios colegas facilitaron otras. Las que pertenecen al diario, inevitablemente, vuelven a aparecer hoy, después de haber acompañado la cobertura de la terrible noticia estos últimos días.

Algunos pensarán que este suplemento debía llevar textos del propio Soriano. Hay un texto de él, pero en donde debe estar, en su lugar de siempre: la contratapa del diario del domingo.

Pero se vuelve difícil no caer en la tentación de citar dos fragmentos del último libro que publicó Soriano, *Piratas, fantasmas y dinosaurios*. Una de ellos dice: "Mi conducta en la vida es muy clara: el mundo se divide en gente decente y de la otra. Así es de clarito. No hay tonos intermedios". La otra fue citada varias veces en estos días, pero no hay manera de terminar estas líneas sin transcribirla: "No tengan piedad de mí: la memoria, si voraz y violenta, es una materia exquisita".

Esa materia exquisita es la que quiere honrar este número de *Radar*.

A sus plantas, rendido un león

Por J. M. PASQUINI DURAN Fue en una noche de julio, hace seis meses, al final de las últimas vacaciones escolares de invierno, cuando llegó el diagnóstico preciso. Lo que hasta entonces podía ser una bronquitis severa, o quizá la secuela de una neumonía anterior, se convirtió en la puerta de entrada a uno de esos laberintos que la vida propone como desafío terminal. La circunspecta voz de la medicina lo enunció en pocas palabras: tumor maligno alojado en un pulmón. Todo lo demás que se dijo aquella noche, incluso las estadísticas y antecedentes para el optimismo, resbalaron como agua mansa absorbida por el desconsuelo. Brotaron palabras conocidas pero lejanas, hasta entonces patrimonio de otros (quimioterapia-radiaciones-horizontes quirúrgicos), que se volvían propias pero marchitaban apenas pronunciadas. Sólo dos quedaban en pie, empecinadas: vida o muerte.

Osvaldo Soriano fue siempre pudoroso y tímido. Lo atormentaba la sola idea de presentarse en público, aunque fuese para promocionar su obra, y rechazaba de plano la posibilidad de convertirse en objeto de la frivolidad o de la curiosidad banal. Apenas si comentaba en el círculo más íntimo de sus afectos, a veces sólo a Catherine, su compañera, los halagos de amistad y admiración que recibía de personalidades de todo el mundo, desde los ámbitos más variados. Sólo cuando alguno de ellos se perdía en el lado oscuro de la vida exhibía el testimonio de la relación, como ocurrió con Julio Cortázar, Alberto Olmedo y Marcello Mastroianni. En sus archivos están guardados mensajes manuscritos cuyos textos y firmas hubieran hecho las delicias de cualquier experto en marketing de las editoriales que lo tuvieron bajo contrato. Con la misma discreción, nunca utilizó la trascendencia de su éxito para responder a los críticos y académicos de las letras que desdeñaban sus historias o pretendían excluirlo del presunto círculo áulico de una literatura etiquetada por algún boticario.

Después de conocer el diagnóstico, como era natural, impuso sobre la enfermedad la misma reserva que había mantenido sobre su vida. De la conjura de silencio fueron partícipes necesarios unos pocos, los que fueron elegidos por su corazón y los que eran imprescindibles. Durante su primera internación para recibir quimioterapia –fueron siete en total–, eligió la ilustración de portada para *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, sus últimos textos editados en libro que dedicó a su esposa y a Manuel, su único hijo, que se le parece además como una encantadora miniatura. No pudo hacer mucho más por ese libro. Las primeras semanas con el cáncer revelado fueron sombrías, de agobio, de ensimismamiento.

Desde que se compró la primera "Mac", hace algo más de diez años, la computación ocupó el primer lugar de sus entretenimientos. Igual que un niño que desarma los juguetes para saber qué tienen adentro, exploraba los programas de *software*, leía publicaciones especializadas y agotaba la paciencia de técnicos desconocidos y de expertos amigos en su afán de saberlo todo. Por horas trataba de desentrañar el inglés de los manuales, lengua que le era desconocida y hostil; además de la propia, en el exilio forzado y en el amor de su compañera había encontrado el francés. Para la informática, sus dos posibilidades idiomáticas, español y francés, apenas si alcanzan categoría de dialectos minoritarios. Lo mismo en Internet, por la que viajaba noches enteras con la golosa mirada del hambriento de palabras que dispone de una enciclopedia universal inagotable. Curioseando palabras, una de esas noches recolectó sesenta recetas distintas para hacer empanadas. Desde que recibió aquel diagnóstico, la palabra cáncer era disparada desde su pantalla hacia las autopistas de la realidad virtual en busca de todas las respuestas para una sola pregunta: ¿Cómo vencer? La respuesta más útil jamás apareció en la pantalla; tuvo que encontrarla en él mismo y, en realidad, no fue una respuesta sino otra pregunta: ¿Vencer para qué? La tuvo que repetir setenta veces siete, cada vez que los malestares derivados del tratamiento atormentaban su cuerpo, encima lacerado por una extrema sensibilidad al dolor físico.

Si la pregunta la encontró en sí mismo, dictada tal vez por el propio instinto de supervivencia, la respuesta que calzaba pudo hallarla a su lado. Era el amor infatigable de su mujer y, más que nada, era Manuel. Ese hijo que fue convocado a su vida cuando ya se arrimaba a los cincuenta años de edad era el más fuerte llamado a la victoria en la pelea que nunca buscó. Preservarse para él era una decisión previa, muy anterior a cualquier diagnóstico. Dejó el hábito de fumar, aunque la adicción estaba tan arraigada que lo obligaba a tener entre los dientes un puro apagado, como un modesto consuelo. Esa nueva costumbre llegó después de varias semanas de abstinencia, cuando una noche, casi sin darse cuenta, encendió un cigarrillo y sintió el placer del adicto reincidente. No fue el único hábito de vida que intentó modificar. Noctámbulo de toda la vida, desayunaba a media tarde, pero a medida que Manuel crecía y requería de su presencia fue bajando el horario buscando el mediodía de todos. A principios del año pasado ya se había dado como meta poner el despertador a las once de la mañana. En estos meses de enfermedad, comenzó a caminar cada día –si era posible acompañado de su hijo– y ya estaba en casi dos kilómetros al final del año pasado, después que había dejado cualquier clase de actividad física desde que muy joven se lesionó en una rodilla y no pudo jugar más al fútbol, otra de sus pasiones mayores. Por si la cadena ADN no hubiera incluido esa afición, se ocupó especialmente en instruir al niño, compartiendo juntos alguna vez el sabor de un estadio, los partidos televisados y sobre todo el destino de San Lorenzo de Almagro, su fanatismo personal. En los años del exilio, organizó una cadena de amigos que le permitían seguir las vicisitudes del campeonato y las constantes tribulaciones de su tablón sentimental. Sabía de memoria las formaciones del equipo de primera desde los años 20 y de todas las categorías actuales del club; coleccionaba las ediciones de *El Gráfico* de los años en que el santo de su devoción había sido instalado en el altar mayor del campeonato. Manuel supo retribuirle, acompañándolo a su tumba vestido con la camiseta que el niño eligió, sin consejo de nadie, el primer día que se despertó con la noticia de la muerte. La camiseta de San Lorenzo, por supuesto.

Cuando comprendió para qué tenía que vencer, volvió a la pregunta inicial: ¿cómo? Sometió su voluntad a cada paso del tratamiento, aunque se rebeló cada vez que pudo contra el automatismo de médicos y enfermeras, cuando cualquiera olvidaba que sobre la cama de la clínica había un ser humano, no sólo un objeto que registraba síntomas. Empleó su inteligencia, su rabia, su sentido del humor y hasta la fama que lo acompañaba para convencer a los hombres y mujeres de blanco que en lugar de tres pinchazos podían dar uno, que en lugar de mandatos ofrecieran explicaciones y, sobre todo, que ahorraran cuotas de dolor a ese cuerpo que ya soportaba el aliento entrecortado y el alma estremecida. Quizás alguno de los que tuvo contacto nunca olvidará sus argumentos, pero los aparatos de tomografía fueron reaccionando bien y le fueron tomando esas fotos que dicen entender los médicos donde el tamaño y la ubicación de las sombras hacen la diferencia. En diciembre llegó el segundo veredicto: aunque la quimioterapia había hecho buena obra, la operación completaría el trabajo. Era el paso obligado hacia la curación, el doloroso asalto final para tomar la colina y plantar bandera de victoria. Osvaldo creyó con todas las ganas en esa esperanza.

En realidad, fue un esperanzado de toda la vida. Cuando hablaba o escribía sobre la realidad con pesimismo buscaba proteger los capullos de optimismo que cultivó siempre. De la ira y la depresión lo rescataban el sentido del humor y esa especial capacidad para descubrir el ridículo y el grotesco aun en las situaciones más difíciles. Los médicos lo autorizaron a viajar a Mar del Plata por una semana, manejando su propio automóvil, después de seis meses de disciplina y encierro. Comenzó a pensar en su nuevo libro, regresó en avión para tener el auto en la costa cuando volviera en febrero, y poco antes de la operación brindamos por 1997 como el año de la salud, para él, para nosotros, para el país. Con esas ganas entró al quirófano y con las mismas ganas abrió los ojos cuando la anestesia perdió efecto. Dicen que la naturaleza es sabia, pero también puede ser colérica y arbitraria. Le tendió una última trampa mortal que los médicos, a falta de otro nombre, llaman desestabilización. Lo demás, es historia clínica. Que lo parió, carajo.

Al volver sobre la vida de Soriano, de lo cotidiano en realidad hay poco extraordinario para contar. Era un hombre honrado, esposo leal, trataba de ser buen padre, amigo fiel de sus amigos, el fútbol lo apasionaba, le gustaba el buen cine, sobre todo *Casablanca* y las películas de Leonardo Favio, veía bastante televisión por la noche, ignoraba casi todo del rock y del pop, no bebía más que agua mineral desde hace años, no fumaba, y aunque le encantaba la ruleta la frecuentaba en ocasiones perdidas y sabía detenerse en el límite de la prudencia. Aunque lucía aire bonachón, no era de fácil trato debido a su talante retraído. Era igual a tantos, con sus altos y sus bajos. A lo mejor, por eso tantos pueden reconocerse en sus historias; su primer libro –*Triste, solitario y final*– ya vendió un millón de ejemplares en el mundo. Lo extraordinario de su biografía humana, además del maravilloso don de la escritura, era la firmeza de sus convicciones morales, porque tuvo casi todas las oportunidades para figurar en la galería del éxito y del dinero fáciles y las rechazó todas. Escribía desde hace años para el periódico romano *Il Manifesto*, de baja circulación, aunque los diarios más importantes de Italia insistían en contratarlo debido a la venta masiva de sus libros. La misma conducta siguió aquí, en su patria, cada vez que lo tentaron con auditorios inmensos o generosos honorarios.

Desconfiaba de los grandes medios porque creía que mientras mayores fueran los intereses que defendían, más grandes serían las posibilidades de que le pusieran algún límite a la libertad de sus opiniones. No quería aceptar otro límite que los que le dictara su propia voluntad. No era esta precaución la única que guiaba su conducta; también soñaba que un día las voces diferentes, sobre todo las voces contra todas las injusticias, pudieran sonar bien alto y fuerte, a la par de esos otros intereses. Por eso, regalaba derechos sobre sus cuentos y artículos para publicaciones de menor cuantía, a veces incluso de factura amateur, siempre que formaran parte de la corriente de su pensamiento. Más de uno cometió abuso, pero ninguno logró desalentarlo bastante como para hacerlo cambiar de idea. Con el mismo sueño se anotó entre los fundadores de este diario y desde los borradores, hace diez años, hasta el último día de conciencia no dejó de leerlo con meticulosidad de corrector de estilo. Omitía sólo el pronóstico meteorológico, porque como muchos creía que en eso se equivocaban todos. Con el mismo entusiasmo se alegraba frente a una nota bien escrita o una idea interesante o armaba broncas tremebundas por lo que podía afectar la salud del diario, que no dejó de imaginar con futuro, fuerte y hermoso,aun en los momentos en que otros bajaban los brazos. Era parte de sus sueños y en las instancias más duras de su enfermedad nunca dejó de cumplir con el compromiso de entregar su artículo quincenal y aun otros que escribía al ritmo de la actualidad diaria, de puras ganas o por solicitud de la dirección editorial. Ejerció el periodismo antes que la literatura pero nunca lo dejó porque era más que una forma de ganarse la vida, era una vocación profunda, cultivada con ternura, devoción y paciencia de orfebre. Sentía orgullosa satisfacción por la tarea bien hecha. Quería tanto este oficio que lo eligió como depositario de algunos de sus sentimientos íntimos. Los artículos que publicó este diario sobre las andanzas con su padre, un modesto inspector de Obras Sanitarias con vocación de inventor muerto hace años, podrán leerse algún día como la reconciliación del hijo adulto que, al ser padre, logra reconciliarse con la memoria de su infancia y adolescencia en la que la imagen paterna se había instalado como la de un perdedor y, ante todo, como la de un indiferente por su familia. Manuel pudo más que las sesiones juveniles de psicoanálisis para recomponer esa antigua fractura, que la memoria senil de la anciana madre, viuda temprana, terminó de integrar, desde hace un tiempo, porque cuando la visitaba solía reconocer al hijo y confundirlo al mismo tiempo con su marido y con su nieto.

No era hombre de partidos ni de facciones y salvo el de San Lorenzo no tenía otro carnet. Defendía la libertad con pasión de anarquista y creía que la injusticia era intolerable en cualquiera de sus formas. Confiaba en los ideales del socia-


Daniel Mordzinsky

lismo y, por lo mismo, rechazaba los autoritarismos que se levantaban en su nombre. Su adhesión a la utopía de la sociedad feliz lo hirió hondo en las derrotas, pero lo salvó de convertir la tristeza en cinismo. Defendía los derechos humanos como base indispensable para la convivencia y la dignidad de las sociedades, pero llevaba ese compromiso hasta la minucia de cada persona, sobre todo cuando se trataba de los que perdieron todo, a veces hasta la esperanza de tener algo algún día. La realidad le dolía porque nunca perdió la capacidad de sorprenderse o indignarse con lo que pasaba, lo mismo que su curiosidad insaciable por la gente y las cosas. Eran principios sencillos los suyos, pero inflexibles. Suficientes para sostener su sentido de la decencia y de la dignidad, su pasión libertaria y hasta la médula de su obra literaria y periodística. Suficientes también para que en buena parte de las crónicas sobre su muerte hayan sido omitidas esas ideas suyas como parte inseparable de su trayectoria completa.

Esas ideas lo forzaron al exilio, primero en Bruselas, donde se enamoró de Catherine, y después en París. Las mismas ideas lo trajeron de vuelta a Buenos Aires. En el regreso comenzó a leer las historias de la Argentina, sin método pero con constancia, en la búsqueda de las raíces propias y las de todos. Atrapado en su propia imaginación, las andanzas de Monteagudo y de Belgrano las volvía a narrar del mismo modo que Salgari contó las de Sandokán. Era un patriota, aunque ese término suene a vetusto en la era de la globalidad, justo en el momento en que hace falta el patriotismo para que esa misma globalidad no sea como la lluvia que lavaba la identidad de los hombres hasta borrarles el rostro. Detestaba las ceremonias escolares sobre efemérides patrióticas porque las sentía lo mismo que si se observara el trabajo del embalsamador. Pero un día contó que Manuel había aprendido el Himno nacional: "Estaba jugando y lo escuché canturrear en voz baja; cuando me acerqué alcancé a oír el final del estribillo, donde dice 'libertad, libertad, libertad'". Ninguno creyó el relato, pero sí en sus sentimientos. Su noción de patria lo hizo desconfiar de la expedición a las Malvinas de la dictadura militar y lo zafó del chauvinismo, porque su identidad nacional era lo bastante firme para aceptarse ciudadano de la patria latinoamericana y universal. En su obra literaria una de las lecturas posibles es ese registro de la historia común argentina. Cuando apareció en Italia *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, uno de los críticos más respetables dijo que lo había leído como el intento de encontrar la esencia del peronismo. Esa opinión importa tanto como otras, pero no hay dudas de que la historia de este siglo quedaría incompleta sin leer, por ejemplo, a Roberto Arlt, a Rodolfo Walsh y a Osvaldo Soriano.

De la crítica a su obra literaria habrá quien se haga cargo, con mérito o no para la tarea. No tengo dudas, sin embargo, de que sus historias serán leídas en el futuro por sucesivas generaciones con el mismo encanto con que las recibieron sus muchísimos lectores de los últimos veinte años. Aun sus críticos más severos tendrán que aceptar que hay un estilo Soriano, que ocurre cuando cualquiera puede leer sin la firma del autor y reconocerlo como suyo. Al mismo tiempo, esas historias son las mismas que podrían contar millones de personas. En esa identificación, en sus pasiones sencillas, populares, podría encontrarse alguna razón profunda para que tuviera no sólo la fama literaria merecida, vendiera más libros que la mayoría de sus contemporáneos en el país, o cautivara a italianos, húngaros, españoles y quién sabe cuánta otra gente de geografías distantes. Soriano era popular como si hubiera sido cantante, actor o animador de la televisión. Ahí están los testimonios escritos, telefónicos o de presencia en su sepelio de hombres y mujeres, viejos y jóvenes, que nunca lo conocieron pero lo perdieron con dolor de ausencia.

Puede ser que algunos prefieran pensar que perdimos a un autor de talento y fama. Tendrán razón. Otros lamentarán la ausencia de un periodista de opinión libre y honesta. Tendrán razón. Habrá quienes rememoren al cronista deportivo agudo y apasionado, riguroso en el conocimiento de la materia y desbordado de entusiasmo de hincha. Tendrán razón. Quedará en el recuerdo de los que conocieron al hombre sencillo, imperfecto, pero nunca bronce, siempre humano. Tendrán razón. Las personas decentes sabrán que tuvieron una baja. Tendrán razón. Los canallas y los injustos se alegrarán porque cayó un enemigo implacable. Tendrán razón. Los que buscan justicia llorarán por esa voz de trascendencia internacional que trataba de hablar en su nombre. Tendrán razón. Los demócratas de buena ley comprenderán que hay un ciudadano menos comprometido con la libertad. Tendrán razón. Los amigos de fierro no encontrarán consuelo. Tendrán razón.

Página/12 perdió todo eso y más. Con el mismo zarpazo que se lo llevó, este diario fue mutilado de Soriano, que es lo mismo que decir de una parte de su identidad física y espiritual. Ese gordo de ojos pícaros, que leía con los anteojitos cabalgando sobre la punta de la nariz, que acostumbraba pasar la mano por una calvicie que fue tan prematura que parecía de nacimiento, no era para este diario sólo el autor de artículos de lujo para cualquier periódico. Era una voz en el teléfono que criticaba, reprendía, alentaba, proponía, discutía, reclamaba, indagaba, chismeaba, hacía reír y rabiar, que calló justo cuando hace más falta. Nunca estuvo de más, siempre será indispensable. Igual que sus historias, que se incorporan al anónimo popular porque se hacen parte del patrimonio social, muchos de los aciertos sin firma de este diario tienen la matriz de su talento. Algunos lo sabrán ahora, otros necesitarán del tiempo para entenderlo. Todos tendrán razón si lloran la ausencia.

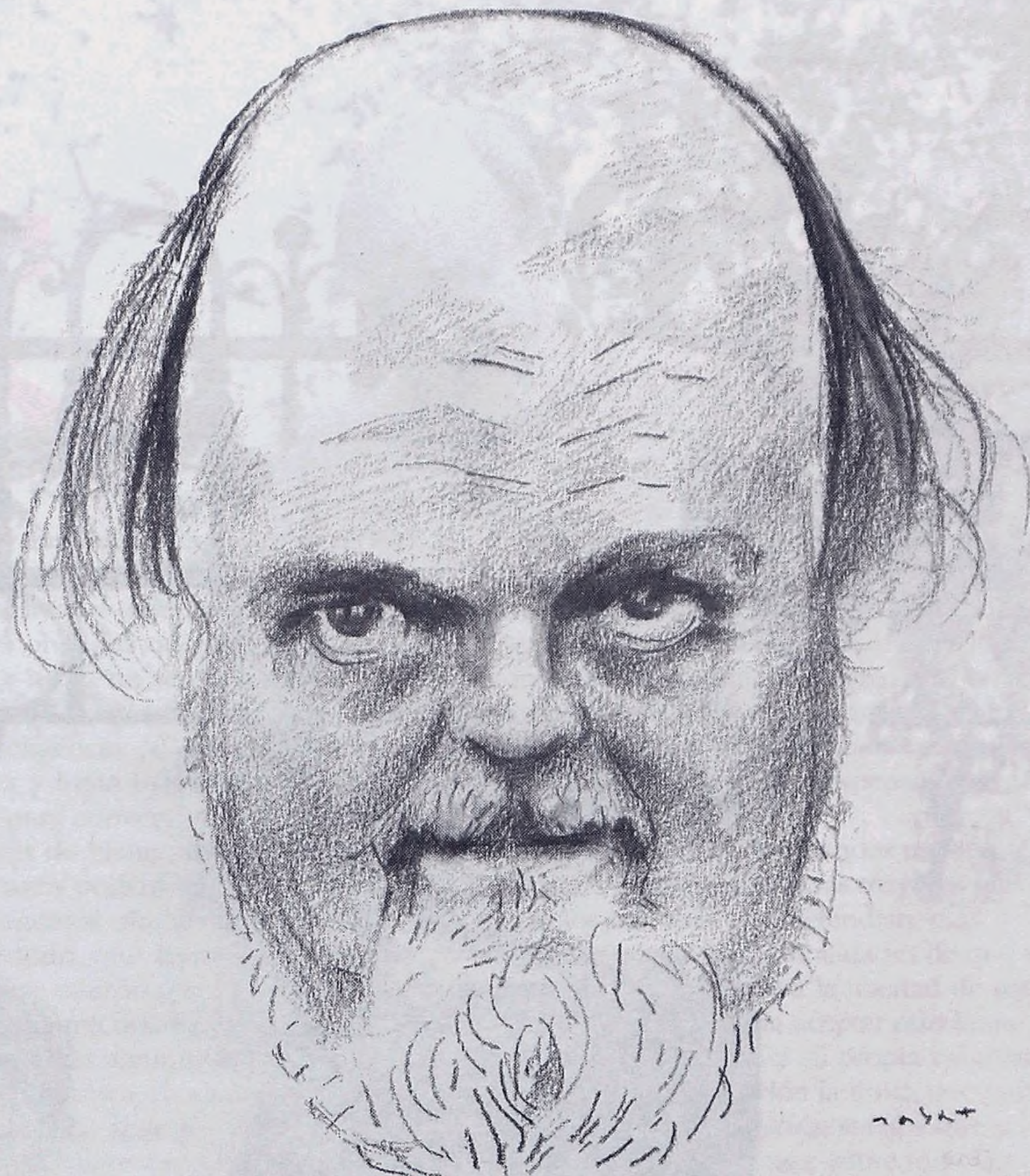
Alguna vez ambos nos prometimos que el sobreviviente escribiría una nota post-mortem. Estoy cumpliendo esa promesa, sin el menor deseo de ser equilibrado o imparcial. Eso lo dejo para los indiferentes o los interesados. Estoy refiriéndome a un hermano del corazón. Lo hago con el único valor que Osvaldo me hubiera demandado: la máxima honestidad de mis creencias y sentimientos. Después de treinta años de amistad, puedo refrendar cada palabra de este texto. Por eso mismo, en este último tramo estoy violando una regla de arte del oficio que los dos aprendimos cuando comenzamos: nunca escribir en primera persona del singular para mantener equidistancia con el asunto que se trata. Pido disculpas al lector que las necesite, aunque espero que comprenda que la abundancia del texto se justifica en la voluntad de contribuir, aunque sea una pequeña parte, a la construcción del recuerdo común. Si fuera sólo para mí, hubiera bastado con estas palabras: Catherine enviudó y Manuel ya no tendrá al fabulador que lo ayudaba a dormir cada noche con un relato sin fin. Que la vida los compense en el futuro, hasta donde sea posible. R

Una imagen

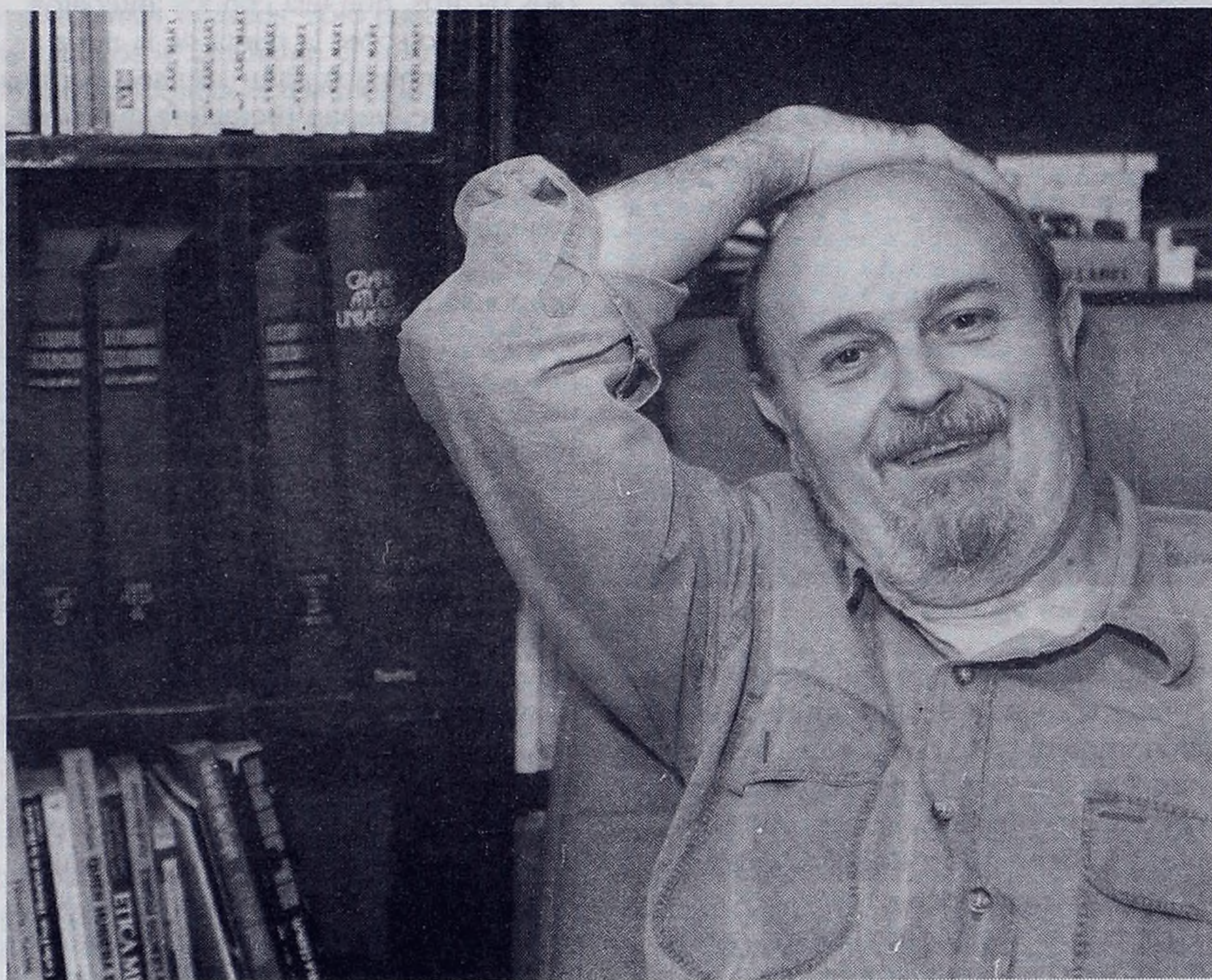
Por ANTONIO DAL MASETTO Somos jóvenes. Osvaldo Soriano acaba de llegar de Tandil. Nos vemos por primera vez en casa de Jorge Di Paola, en el barrio de Constitución. Soriano comienza a contar una historia. Es algo que le ocurrió en Mar del Plata y, en la trama, de tanto en tanto, aparece un personaje que le ha traído mala suerte durante cierto tiempo. Cada vez que lo nombra, Osvaldo exclama: "Toco madera". Y se lanza hacia atrás, sin darse vuelta a mirar, y con el brazo estirado. La silla queda inclinada y en dos patas. La mano de Osvaldo, milagrosamente, acierta siempre en el marco de la puerta que está a sus espaldas y, gracias a esa puntería, logra sostenerse y mantener el equilibrio.

Todos los presentes permanecemos pendientes de dos cosas: del relato, que es fascinante, y del momento en que Osvaldo le erre al marco de la puerta y se vaya al piso. Pero no le erra.

Yo estoy especialmente deslumbrado por este desconocido, su capacidad de hacer las pausas justas y crear suspensos y manejar los tiempos como corresponde al contar su historia, y por esa suerte de acompañamiento circense. Osvaldo todavía no ha escrito ninguno de sus relatos memorables, pero, los que nos reunimos en esa casa, estamos asistiendo sin saberlo a un anticipo de lo que será: la palabra y el cuerpo en función del mismo arte, trabajando en armonía, proyectando con el riesgo y la elegancia de un acróbata los futuros maravillosos fuegos de artificio de un gran narrador.



La isla del tesoro



Por EDUARDO FEBBRO "Vine a esta isla a buscar un tesoro." Lo que sigue quedará inconcluso para siempre. La última novela en la que Osvaldo Soriano estaba trabajando empezaba con esas líneas. Las envió por fax desde su casa de París una noche de junio de 1996 y empecé a leerlas sentado en un sillón giratorio de cuero negro, que Osvaldo había tenido la bondad de dejarme cuando se fue a vivir a Buenos Aires con Catherine y el gato Negro Vení.

Porque venía de un ser mágico, el sillón se volvió enseguida un objeto mágico: sentado en ese sillón, Soriano había escrito *Cuarteles de Invierno* y varios textos más, en una época en la que todavía no había computadoras y pasábamos muchas horas comparando las propiedades y el ruido de las Letteras 22 o 45 golpeteando en plena madrugada. Unos cuantos años después, Osvaldo sentado en una incómoda silla de madera –se imponía esa penitencia para trabajar más– y yo en su sillón, leí el esbozo de su gran aventura (un tipo llega a una isla en busca de un tesoro) y asistimos a esa búsqueda y a la de otras cosas más que están en la espesura. El azar quiso que, casi en el mismo momento en que empezaba esa novela, los italianos le dieran el Premio Scano, dotado con una de esas recompensas por la que antes los piratas daban su vida y hoy sólo merecen las mujeres hermosas y los grandes escritores: el oro.

Soriano era tan tímido que, en vez de alegrarse, el premio lo abrumó. Hizo falta recurrir a muchas artimañas para que, en ese premio inesperado, viera el signo conciliador con la novela que acababa de empezar. Como siempre, decía: "Va a ser un papelón. Leéla bien y decíme, no tengas piedad si debo arrojarla a la basura". Los estudiantes que una vez vinieron a interrogarlo sobre lo que llamaron "el género menor" tendrían que haberlo visto pelear hasta las lágrimas y el vómito con los manuscritos de sus novelas. Deberían haberlo visto encerrado en su altillo, comiendo pan duro con Coca-Cola light durante varios días, sólo para que un capítulo de *La hora sin sombra* se asomara un poco a la idea de la perfección.

No he conocido otro escritor más preocupado por la veracidad de sus personajes, por la concisión del relato, más obsesionado por la precisión de las situaciones o por la importancia de que todo cuanto ocurriese no fuesen meras palabras sino movimientos, expresiones, sentimientos, velocidad, sentido. Osvaldo Soriano tenía una magia personal única y ese mismo don estaba en sus novelas: era siempre el hombre que nos cuenta una historia y lo escuchamos como si fuese un sabio que viene de lejos.

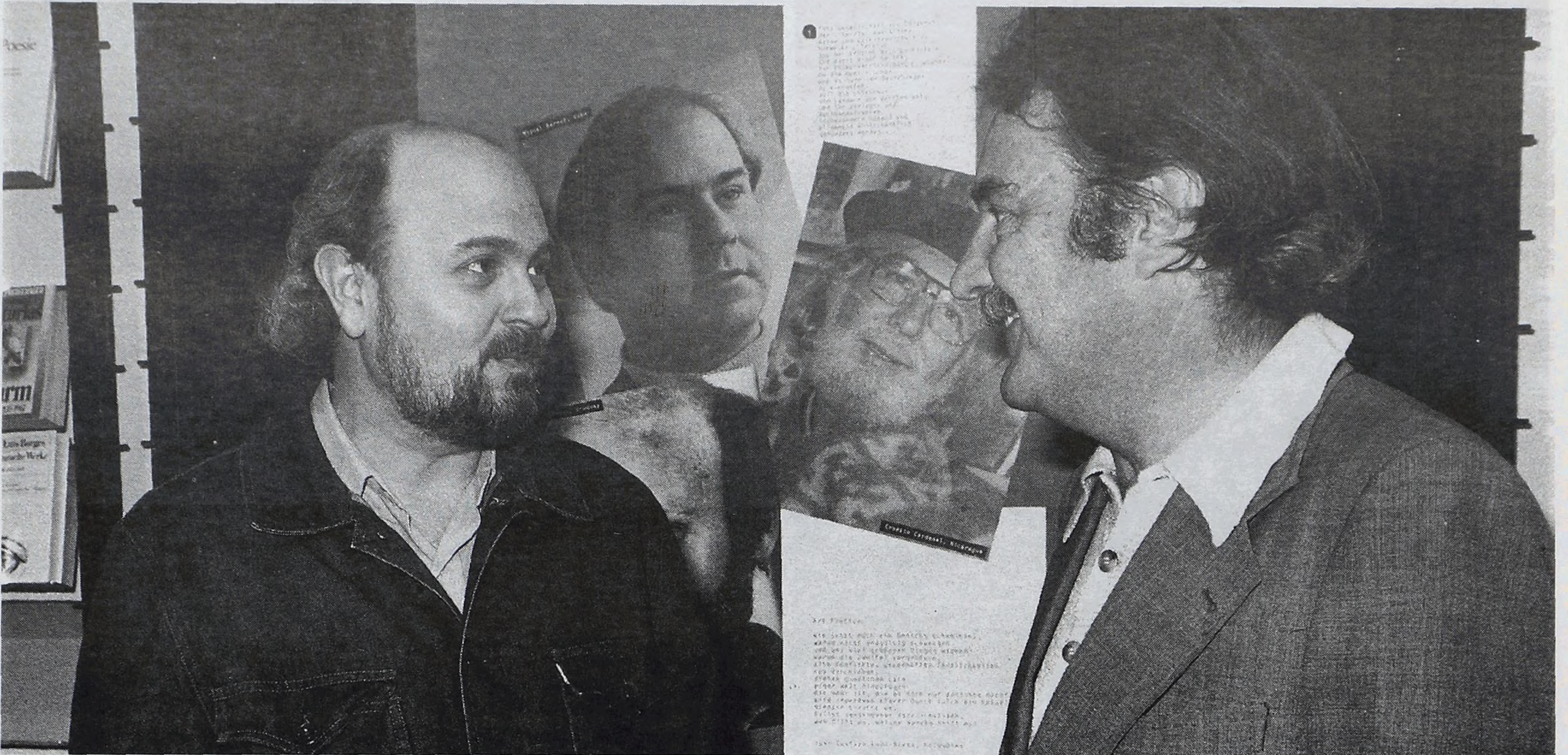
Eso preguntó una tarde un viejo parisino sentado en una mesa contigua del bar Sarah Bernhardt, en la Place de Chatelet, en París. Hablábamos de Gérard de Nerval y de Alexandre Dumas y, cuando Osvaldo se paró por enésima vez para ir al baño, el vecino de mesa preguntó: "Disculpe, ¿su amigo es filósofo?" No, no, dije, es escritor. Entonces quiso saber de qué hablábamos. Y se enteró: de Gérard de Nerval, del castillo de Dumas, que planeábamos visitar en los próximos días, de la casa de Balzac, del universo entero. "Camina como un sabio. Tiene gesto y mirada sabia. Y, si como usted afirma, es escritor, entonces no caben dudas: sólo los sabios pueden contar historias".

Osvaldo Soriano tenía igualmente ese otro don: todo tema era una cosmogonía, no existía nada que no fuera profundo o que no sirviera para hilar un relato. Una noche, en el restaurante La Coupole, dejó atónitos a un español y dos franceses contándoles de dónde venía la costumbre de los jugadores de fútbol, cuando el árbitro silba una falta, se le vienen encima y no le dejan levantar las manos: una cena podía empezar con una sesuda discusión política y seguir con el recuerdo de las botellas de Coca-Cola antes de convocar a los héroes de la Revolución de Mayo que tanto lo apasionaban. De ahí en más todo era posible: boxeo, fútbol, aviones, computadoras, marcas de diskettes, tratamientos de texto, pantallas, servicios de correo electrónico, novelas policiales, gatos, marcas de cigarrillos, grandes escritores, jugadores memorables. No hacía falta que hubiese un pretexto, ni que un tema tuviese una historia que nos conectase con él. Bastaba con que algo fuese nombrado para que ascendiera inmediatamente a la dimensión de relato.

Esta enumeración quiere contar algo esencial que no sale. Cómo encontrar la palabra o la frase que abarque toda la emoción de tantos y tantos amaneceres compartidos, de años de aprender cada vez algo nuevo, sobre los libros, sobre fútbol, sobre cómo hacer un diálogo o empezar una novela, sobre Fitzgerald o los gatos de Chandler, sobre Dumas o las necesarias propiedades adivinatorias para entender a una mujer. Osvaldo Soriano me habrá dejado los recuerdo de amistad más hondos de mi vida. A todos sus lectores nos dejó obras memorables cuyas páginas contienen parte de ese otro gran misterio que es la Argentina. Con mucha anticipación escribió en un estilo que recién se pondría de "moda" en América latina algunas décadas después. En una época se lo llamó "el género menor". Pero Soriano nunca abandonó la estética del relato puro, la del Conrad de *El corazón de las tinieblas*, la suya en *Una sombra ya pronto serás* y los demás libros, anteriores o posteriores.

Osvaldo se ha ido. Y, aunque nos parezca inverosímil, es cierto, porque es imposible. Ha ido hasta aquella isla a buscar el otro tesoro.

El socialista



Por OSVALDO BAYER Cuando el jueves volví al atardecer después de la despedida del amigo, encontré en casa un fax de mi hija, desde la italiana Treviso. Apenas unas pocas líneas: "Hoy llamó Stefan con la triste noticia. No pude seguir preparando el próximo espectáculo. La muerte de Osvaldo Soriano me dolió mucho. Lloro, lloro y lloro. Se fue un ser que conocí en Berlín, en tu exilio. Una noche, en tu departamento, conversé horas enteras con él de la vida, de los amigos. No me voy a olvidar nunca de tu amigo Soriano. Te abrazo fuerte, fuerte. Ana".

Sí, después de la despedida, volvió el recuerdo de esas visitas del mejor amigo en el exilio. Tuvimos mucho más tiempo para compartir en la soledad del desarraigo que luego, cuando regresamos, en la gran ciudad del amado país despiadado. El venía a menudo a visitarme, desde Bruselas primero y luego desde París. Vino varias veces a las ciudades donde me tocó vivir. A Essen, por ejemplo, la ciudad de los Krupp, donde yo vivía en la buhardilla de una noble casa cercana a un bosque. El dueño era un trotamundos adinerado que me había alquilado esa dependencia tal vez con la secreta esperanza de que le cuidara la casa y le paseara el perro. Y aquí ya comienzan las ganas de empezar con las anécdotas de Soriano. Porque no es posible recordarlo sin meterse en el largo e interminable anecdotario. Llegaba él y comenzaba el protagonismo de la fantasía: el relato cierto pero la imagen ya literaria.

Aunque las horas de conversación no eran muchas, porque los horarios se vivían diametralmente opuestos: yo, con horario de cuartel y diana a las seis de la mañana, justo la hora en que él se iba a dormir. Parecíamos personajes de aquellas "camas desde un peso", cuando en las décadas del pasado una cama tenía tres o cuatro turnos para los obreros. El que llegaba despertaba al que salía. Don Soriano, como yo lo llamaba, se levantaba a las tres de la tarde y se ponía a cocinar, mientras yo seguía febrilmente con mis interminables traducciones a destajo. Pero, a veces, no podía dejar de ir a observarlo en su ceremonia cotidiana de pelar papas. Las pelaba y las partía en trocitos matemáticamente iguales.

Fue cuando me narró los avatares de su profesión en Bruselas: era contador de patos y cisnes de los lagos. Para mantener un número constante de aves, la municipalidad tenía contadores de patos que informaban todos los días cuántas aves habían desaparecido de los lagos públicos, hurtadas por algún anónimo tercermundano, para comérselas. Pero ocurrió que durante semanas nadie robó ningún pato, cosa que hizo pensar a Soriano que su puesto de trabajo corría peligro, por superfluo, dado que el material se mantenía estable. Entonces recurrió a un peruano para que sustrajera módicamente patos dormidos en horas nocturnas. La idea tuvo un éxito doble: aseguró el empleo de Soriano como contador oficial de patos y al mismo tiempo, todas las madrugadas, al rayar el alba, había una comida de confraternidad argentino-peruana con pato al horno.

Escuché este relato no sin ciertos temores, ya que cerca de donde vivíamos había un hermoso lago con palmípedos de raza y podía ocurrir que el contador de patos de Bruselas hiciera uso de sus experiencias en sus vacaciones en las tierras de Krupp. Cosa que, de descubrirse, nos hubiera costado caro: salir encadenados en las primeras planas de los diarios y ocasionar la depresión consiguiente de miles de alemanes.

Soriano alteraba también mi ritmo sanguíneo cuando, después del almuerzo, salía al jardín de la residencia a tomar sol en calzoncillos. Tenía unos de nylon semitransparente, largos como pantaloncitos de futbolista de la década del veinte. Pensé en la estética del jardín, tan cuidado por el dueño de casa y sus dos jardineros, quienes podían aparecer en cualquier momento y observar a este Adonis de país en desarrollo o "país en el umbral", como se calificaba a la Argentina en aquellos tiempos. Podía valer como causa de desalojo inmediato.

Cuando le reconvine a mi tocayo por su espectáculo, me contestó: "Que sirva como señal de protesta, porque no tengo plata para comprarme shorts". Me pareció más bien una contestación anarquista de aquellos ejemplos que se leían en *La Protesta* de principios de siglo.

Al día siguiente... No. Vamos a parar, si no terminaríamos en un sinfín de anécdotas y a éstas hay que contarlas en la sobremesa, con los amigos, tal cual le gustaba a él, que no miraba el reloj de las madrugadas, ante la desesperación de los fanáticos del orden.

La anécdota, como forma, era apenas la cáscara en él. Lo dijo bellamente Pasquini Durán en su oración de despedida al amigo. No escondió una verdad esencial para comprenderlo: Soriano era socialista. Sí, un solidarista. En el exilio trabajó con absoluto altruismo y pasión para denunciar la desaparición como método en nuestra tierra. En cuántas marchas estuvimos codo a codo, frente a las embajadas y consulados de la dictadura. Entre los viejos papeles del recuerdo guardo los volantes y carteles donde siempre estaba su nombre. Lo mismo que ese periódico, *Sin censura*, uno de los mejores voceros del exilio argentino, donde Carlos Gabetta junto a Soriano y el inolvidable Cortázar y tantos otros iban poniendo los adoquines del esclarecimiento para la calle que nos iba a conducir al regreso.

Recuerdo aquel verano parisino de 1981 en el departamento de Osvaldo y Catherine, cuando le expliqué a Soriano el plan de regreso de todos los intelectuales del exilio, presididos por Cortázar. Un plan elaborado en todos sus detalles. Don Soriano me dio su apoyo total. Después, esa noche vendría la larga discusión con Julio, a propósito de ese regreso planeado justo para el día de asunción del mando del asesino Viola, un milico descolorido y de mal olor. Toda una noche duró la exposición de mis argumentos y el análisis atemperante de Cortázar, demasiado enamorado en esos días para planes semejantes. Sí, con nosotros estaba su joven amiga canadiense, una mujer que sumía en alegría adolescente al siempre adolescente Julio. Una noche dramática y generosa. A lo mejor la ha descrito Soriano y esté entre sus papeles.

Poco después, un paniaguado de los uniformes escribió en un diario de Buenos Aires que Osvaldo Soriano (y otros dos escritores del exilio) querían que la Argentina fuera una inmensa cárcel. Un epíteto injusto y aprovechado. Si hubo un intelectual que luchó desde el exterior para terminar con la ignominia de la dictadura, ése se llamó Osvaldo Soriano.

Así, a ramalazos, brotan los recuerdos de aquellos años. Y del regreso.

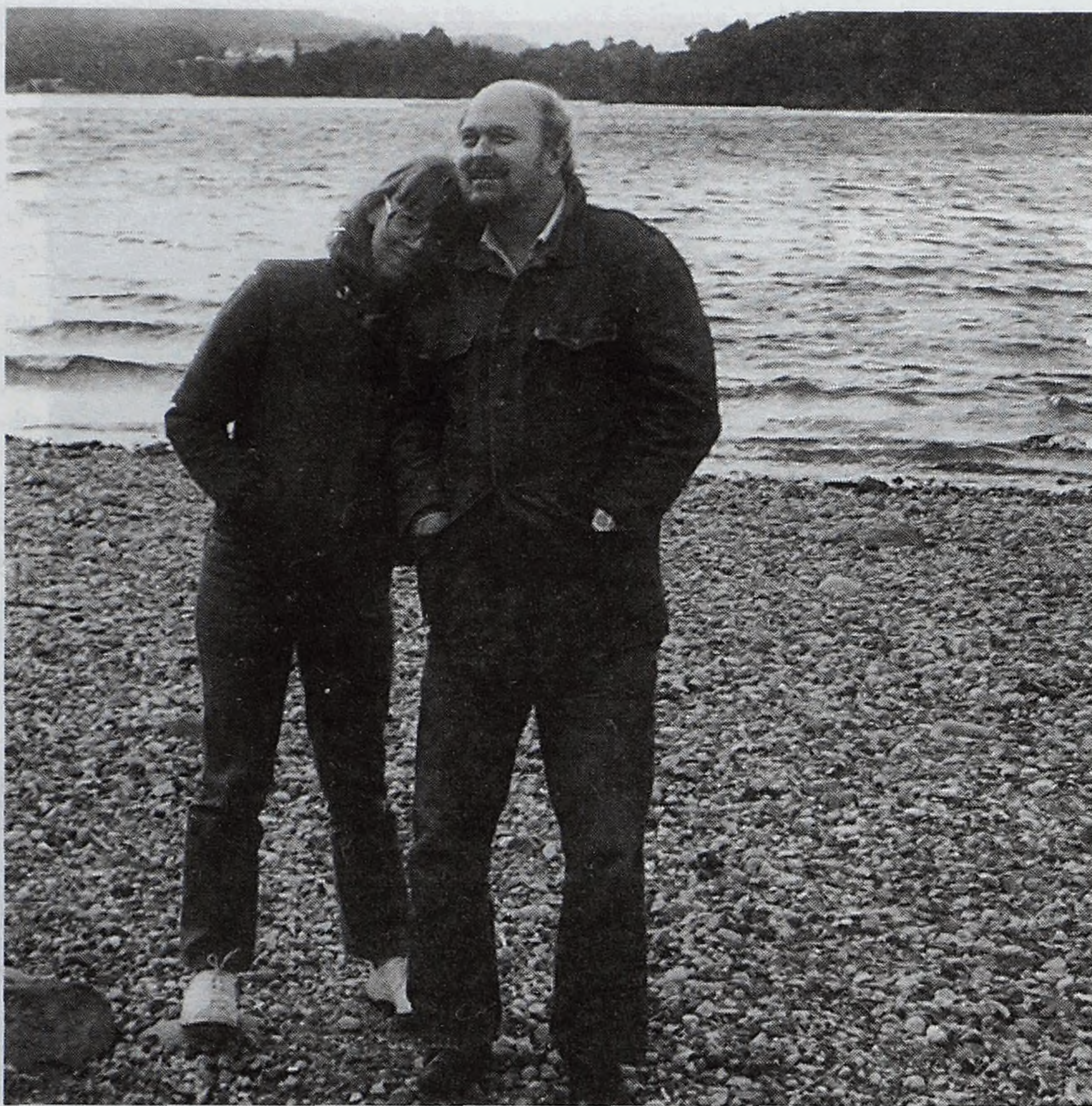
El mío se produjo físicamente en octubre de 1983, pero el verdadero tuvo lugar meses antes, a raíz de un reportaje que Soriano me hizo para la revista *Humor*, la primera que se atrevió a gritar con toda fuerza contra el régimen militar. Guardo ese reportaje como una de las alegrías más grandes de mi vida.

Después comenzaría en Buenos Aires nuestro seguir solidario con las Madres. Así como en el exilio, carteles y volantes guardan el nombre de Osvaldo Soriano como orador en esos tiempos de esperanzas, aunque ya el oficialismo empezaba a ejercitar la levantada de brazo en el Congreso para la vergonzosa obediencia y el macabro Punto Final.

Osvaldo Soriano fue protagonista de su tiempo histórico. Ni se refugió en la torre de marfil, ni colaboró con dictadores, ni tuvo doble mensaje con la ética. Pocos tuvieron su conducta en tierra argentina.

Al recordarte, tocayo, se nos dibuja la sonrisa.

Ni triste, ni solitario, ni final



Por FRANCISCO "NEGRO" JUAREZ

No todos saben cómo fue que Soriano abandonó su anonimato en Tandil y apareció en la redacción de *Primera Plana* en la noche del 5 de abril de 1969. Y, aunque él mismo contó la anécdota desde su protagonismo, hoy vale resucitarla.

Un par de semanas antes de aquella noche encaré una gran nota sobre la Semana Santa para desentrañar el cavernoso costumbrismo de ciertas devociones. La nota, entre otras cosas, necesitaba contar la escenificación del Vía Crucis que se repite en Tandil y pedírselo a algún periodista local. Recurrí a Osiris Troiani, que había dado allí alguna conferencia, para que hurgara algún nombre y dirección.

Anoté el entonces desconocido nombre ("¿cómo dijiste que se llama?"). Osiris me tranquilizó: "Osvaldo Soriano. Es un gordito bastante inquieto y curioso", con un vozarrón firme pero un tanto desdeñoso, mientras cerraba su manoseada agenda.

La carta que redacté necesitó la firma de un jefe y en ella proponía al fulano que siguiera las instrucciones y produjera un informe sobre el folklore que rodea el promocionado Vía Crucis de Semana Santa. Parecido requerimiento recibió un corresponsal de otra ciudad norteña y yo mismo salí para San Juan, a fin de aportar detalles de las devociones embotelladas para la Difunta Correa.

Pero el sabroso y casi desopilante informe remitido por el desconocido de Tandil, se reprodujo tal cual y mereció estampar su firma junto a quienes habíamos proveído el resto. Lo de Soriano no sólo despelusaba las quejas del Cristo –un muchacho que llevaba ocho años de cuaresmas de demoledora escenificación– sino que también ponía en descubierto toda la interna clerical, incluida la mención de una rebelde misa "a go-gó" que encendió las iras del entonces obispo Luis Actis.

Pero nadie contaba con que el tal Soriano prendería los motores de una definitiva y gloriosa fuga. Cuando la nota apareciera y Tandil fuera un hervor de indignaciones religiosas –para nada tercermundistas–, el informante estaría fuera de alcance de los torquemadas. Apareció con un bolso en la redacción y preguntó por Troiani. Pero Osiris me pidió que lo atendiera.

"Soy Soriano", dijo ese desconocido bebote tandileño amarrado a un bolso, como si ya hubiera vendido diez ediciones de un best-seller. Cuando escuchó mi nombre me regaló su primera y escasa sonrisa, además de un piropo: "Lo imaginaba más viejo". Era un fana de la revista, y un adorador de los que la hacíamos: nos imaginaba gigantes y veteranos.

La película pasa ahora en cámara rápida. Se superponen escenas de boliches, trasnochadas y la instalación de Soriano en una miserable pensión de la Avenida de Mayo, mientras urdíamos contrabandearlo como colaborador de la revista. De fracasar, tendríamos que financiarle el cine y los tallarines en Pippo (mitad tuco, mitad pesto). Ignorábamos que, tan sólo dieciséis semanas más tarde, Onganía clausuraría para siempre a Pripla, como llamábamos a aquél santuario periodístico.

Logramos que se aprobara una primera nota para el recién llegado: debía detectar los restos del pasado esplendor de Berisso y contó con mi apoyo y el logístico de mi viejo Citröen, que se destartalaba en el caprichoso empedrado de la calle Nueva York. Debíamos gritar para intercambiarnos nuestros mundos y hasta poner en duda la existencia de la "mufa".

Pero la mención de algunos innombrables logró el inmediato estallido del motor. Y, como para fabricar un creyente basta una segunda prueba antimufa, la que sucedió en el bar El Colonial (segundo hogar de *Primera Plana*), durante un veranito de tres días que se intercaló entre ese otoño, la encaró el incrédulo redactor Félix Samoilovich. Mencionó a tres innombrables al hilo, audacia que precedió a un estrépito: desde lo alto, cayeron las paletas de bronce de un ventilador que se deshojó sin remedio. Algunos años después, cuando Soriano marchó a su voluntario exilio europeo, nos despedimos en otro bar cercano, El Querandí. Allá se reencontró con Samoilovich, que ya no se sentaba debajo de ventiladores y fue allá que la mufa se dio vuelta: Soriano conoció a Catherine y el amor, una misma cosa.

La película se atropella entre un tumulto de recuerdos: un viaje por la Patagonia, o el Gordo y el Flaco, sus héroes preferidos, en la foto que le traje de Nueva York y fue la tapa de *Triste, solitario y final*. También la convivencia en el *Panorama* de principios de los años '70, donde Juan Gelman improvisó unas rimas internas que recomendaban: "Pide título a Soriano/y epígrafe al Negro Juárez". Corrían tiempos difíciles, pero también las cenas báquicas en El Cañón, la desaparecida fonda-parrilla de Paraguay y Alem.

La película puede correr hasta la llamada que recita el "Negro querido", como sonó la voz inconfundible del Gordo desde París, y como arrancaban sus cartas cada vez que lo atacaba la nostalgia. "Te pido que vayas a Ezeiza porque viajamos con el Negro Vení", me anunció cuando llegó el momento del regreso definitivo –gato incluido–, con que daba fin a su exilio. Para entonces no sólo tenía a su lado a Catherine, sino los halagos y la fama primera que le depararon sus primeros libros.

Negro Vení debió viajar drogado y, cuando llegamos al departamento que alquiló Soriano en la calle Sarmiento, el gato –fuera de sí– dio un salto para suicidarse por un ventanuco estrecho. Mis reflejos lo taclearon a tiempo y el Gordo me destinó el mejor de sus elogios por la proeza: "Sos el Flaco".

Los preparativos para esa instalación se debieron a un viaje previo, después de Malvinas. Para entonces programó una corta visita de retorno a Tandil y el reencuentro con su madre. Lo hicimos en mi coche, pero con la nafta pagada por el director alemán de la película basada en una de sus novelas, *Cuarteles de invierno*. El cineasta llegó para tomar contacto con la llanura pero durmió todo el viaje. Cada vez que gozábamos con el recuerdo de aquel tour, él le ponía su adecuada dosis de fantasía. "Tiramos al alemán en un hotel y corrimos al encuentro de Di Paola, Briante y otros que preparaban una noche memorable. ¿Te acordás que fuimos en cana?", se reía para agrandar lo que fue apenas el fugaz paso por una comisaría tandilense, por estacionar en un lugar prohibido y discutirlo (todo un delito durante el aún no concluido "proceso"), en una mítica confitería de Tandil atravesamos la noche con Jorge Di Paola, el tano Dal Masetto y Miguel Briante.

Después vinieron los años en la Boca, hasta que se mudó a mi barrio de Palermo Viejo: ideal para visitas y discusiones sobre computadoras, o para insistir que toda mi familia opinara y corrigiera su última novela.

En mi último viaje se empecinó para que usáramos su departamento de París. No sólo era generoso, sino un agradecido que no podía olvidar la acogida que encontró en sus primeros meses en Buenos Aires, ni la nota de Semana Santa. Mi mujer le eligió un almohadón cuadrillé para su sillón parisino. Poco después él mismo lo aplastó con las fatigas que de su último viaje a París.

La mejor rebeldía que planeamos era la ilusión de reventar un casino acompañados de Dal Masetto (y, claro, de la buena suerte). Llegar con sacos blancos y enormes cigarros, barajar fichas grandes y usar un único idioma de cejas arqueadas, pero a condición de que todas las bolas fueran a parar a nuestras arcas: luego, el gran festín. Festín que no lo hubiera sido: ya estamos en la etapa del agua mineral, y sin tabaco. Después vivió su quimio con entereza mientras los temas de conversación eludían el futuro y volvían a ser el país desesperanzado, Castelli o Belgrano, las computadoras. Un día, seis años antes, llegó Manuel, su pequeño, único hijo, es decir, la alegría desconocida. Con él, con Catherine y la pilcha modesta que utilizó con el lógico uniforme de sus sencillez, hizo el último viaje a Mar del Plata.

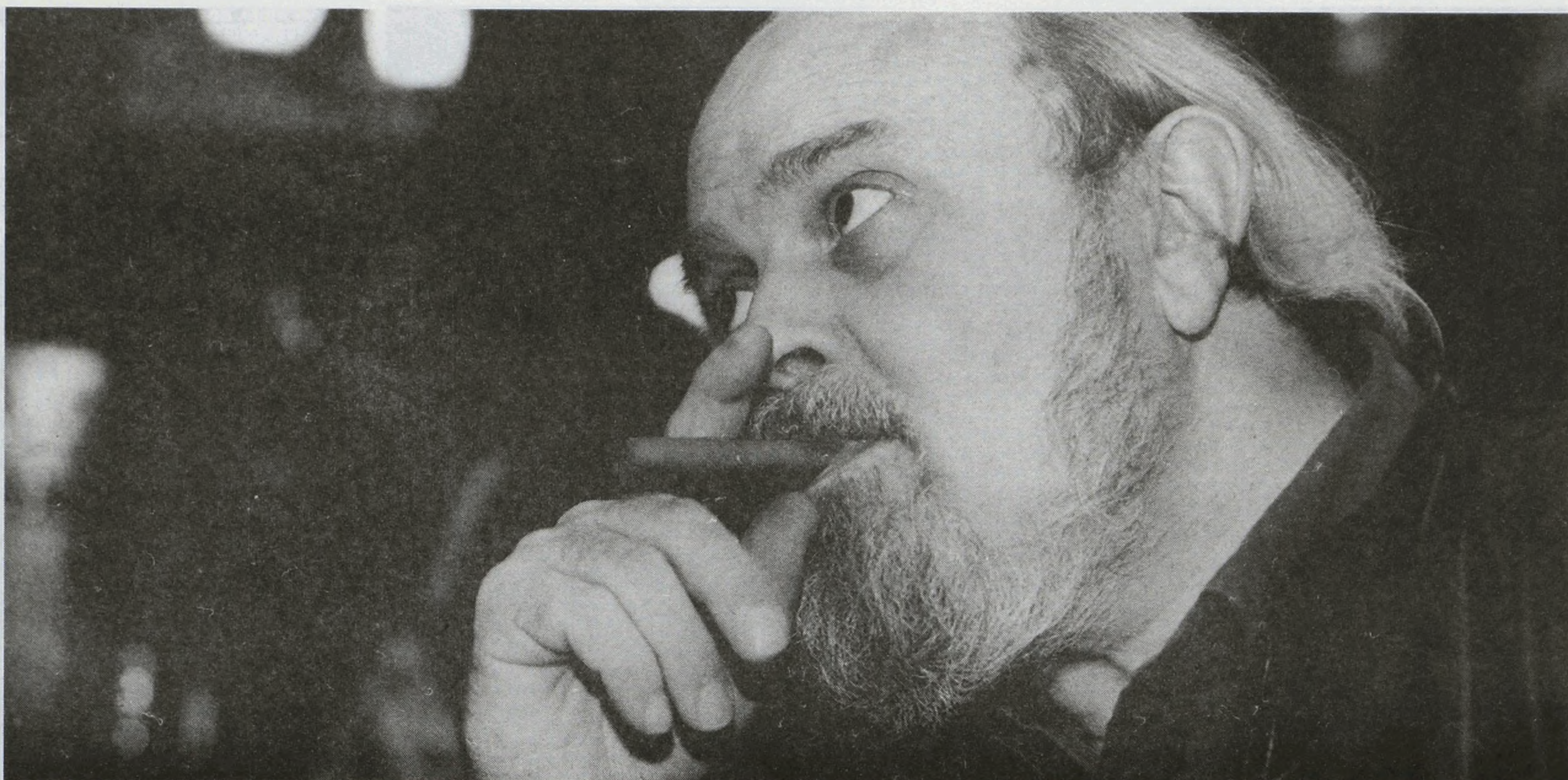
Quizás porque alguna vez se declaró mi alumno y terminó siendo mi maestro, me dijo: "Anotá. Esta es la primera frase de tu próximo libro". De manera que no sólo me comprometió hasta el tuétano, sino que permanece y sonríe, con un bolso, en la puerta de la redacción de *Primera Plana*. Afortunadamente también está para todos, con lo perdurable de su obra.

Porque la película no termina. Por eso: ¡Minga!, como diría Di Paola.

Porque la bohemia se recicla y "siempre es difícil volver a casa", como sospechaba el tano Dal Masetto. Por eso: ni triste, ni solitario, ni final.



Viejo y peludo



Por JORGE DI PAOLA Antes de hacerme amigo, allá por el '64 y en uno de mis viajes a Tandil, frente al Banco Nación estacionó una especie de cápsula soviética, un vehículo de tres ruedas, y se abrió una puerta como de heladera, para adelante, y de allí bajaron dos gorditos muy de cine mudo, que con toda seriedad se dirigieron hacia el bar y pizzería El Cisne. Eran Campagnoli y Soriano, de los que le había oído hablar a Laplace.

Soriano conoció ese bar por el gordo Campagnoli, que quería ser humorista. Yo creo que eran cómicos los dos, y en la época de oro de Hollywood podrían haber sido de los grandes, porque manejaban los tiempos y los gestos como el mejor, pero que en la Argentina de los 60 tendrían que buscar otro destino. Soriano estaba trabajando en *El Eco de Tandil*, y dijo que quería escribir, que estaba leyendo *Más que humano* o algo de la colección Minotauro.

Tal vez el Gordo no lo sabía pero ya se estaba armando su tradición literaria personal, el cimiento de una escritura. Leía Maupassant, pero tenía además una base de historietas y policiales de la colección Rastros, lo que en ese entonces era más bien una cultura popular, que pocas veces se juntaba con la humanista.

Yo cada tanto volvía a Tandil, y fueron a su modo casi dos años de fiesta, porque todos los días, o casi, Osvaldo prodigaba su relato oral, no pocas veces desopilante, sus historias del Alto Valle o de la liga de fútbol patagónico, o los episodios microscópicos del pueblo, que en sus cuentos se agigantaban hasta la leyenda.

El me lo agradeció demasiado, casi en cada entrevista, hasta la incomodidad, pero sólo un ser muy estúpido o malvado hubiera evitado decirle que su estilo y su literatura andaban por ahí: por esa capacidad de fabular lo considerado insignificante. Su trabajo de juventud iba a pasar por escrito lo que le salía así nomás.

Unos años después fuimos vecinos en el barrio de Almagro, y compañeros de trabajo en *Panorama*, hasta que él se fue a *La Opinión*. Pero no sólo compartimos toda esa bohemia de periodistas, donde sus relatos eran la estrella de la noche, con grandes comilonas y vinos de mención. Tratándose de Osvaldo, es duro confiar que compartimos un gato, pero así fue.

Se llamaba Philip Marlowe. Negro y de pelo corto, era su agudo crítico, el que le revolvía los papeles de lo que llegaría a ser *Triste, solitario y final*. Pero hubo que encontrarle alojamiento porque el gato le producía alergia a Lidia, la compañera de entonces de Soriano, y la solución que encontramos, viviendo a tres cuadras, era que el gato estaría conmigo, pero seguiría siendo suyo, de un modo en realidad virtual. Soriano tenía piedra libre para venir a casa todas las noches, que se sucedían del siguiente modo:

1) Osvaldo entraba a casa haciendo mish, mish.

2) Atrás, casi ocultándose como si se tratara de la selva de Borneo y Philip un tigre de Bengala, la bella Lidia observaba la escena y se ponía a charlar con mi mujer.

3) El gato saltaba a los brazos del Gordo. Se refregaba y ronroneaba fuertemente.

4) Osvaldo se sentaba con el gato, que a veces se subía a la mesa y se paseaba frente a él, y lo acariciaba mientras hablaba conmigo.

5) Durante las visitas de Soriano, yo no existía para el gato.

6) El gato entendía la situación.

7) Mientras tanto, a pesar de la prudente distancia, los pelitos volaban inexorablemente por el aire y al fin llegaban a Lidia, que luchaba contra las picazones estoicamente, pero al final estornudaba, y la visita llegaba a su fin.

Treinta y dos años de amistad, con sus más y sus menos y sus espacios y tiempos, no tienen exactamente un relato. Tienen una intensidad, una música. Cerca de Osvaldo me pasaban cosas raras, algunas rarísimas, creo que las más raras de mi vida. A lo mejor eran para que las viera o para contárselas.

Se parecía a su padre mucho más de lo que creía. Concentrado en lo suyo, en busca de una ética a su modo, y también a su modo un hombre de utopías. Yo los visitaba en la era tandilense, y aparentaban una cierto fastidio entre ellos, por pudor del afecto. A don Soriano le compré una máquina de fotos Rolleiflex que había mantenido intacta durante más de una década. Debe ser el único buen negocio que hice en mi vida, como para darle la razón a Osvaldo. Pero pasó algo extraño a la salida de la casa, ubicada frente a la avenida Avellaneda, muy cerca de la fuente.

Bajó del auto un amigo de La Plata, que hacía años que no veía. Lo saludé con el brazo a la distancia, pero él se paralizó y luego corrió. Osvaldo me dijo:

–¿Estás seguro que lo conocés?

–Pero si es Juan Manuel Francia.

–Parece que hubiera visto un fantasma.

Años después Juan Manuel nos contó que lo habían convencido de mi muerte (yo había estado enfermo) y que literalmente huyó ante mi aparición.

–Yo te lo dije –comentó Osvaldo, y contó cuando fui a pedirle plata, y juntamos las monedas sobre la heladera, que no alcanzaban ni para el colectivo y que salimos de su departamento de Mario Bravo con Santiago, un amigo de Tandil, por la calle oscura y tristísimos, y que por el reflejo de un auto que doblaba encontré un billete grande, como si fuera de cien pesos, y que volvimos a buscarlo y nos fuimos a tomar whisky a la avenida Santa Fe, y después nos repartimos la guita como los sobrinitos de Donald una gota de agua en el desierto.

Casi siempre me sacaba de dificultades. El no entendía mi relación gozosa, pero a veces peligrosa, con el azar de las cosas; le gustaba planificar, saber a qué atenerse y es seguro que esa prudencia la había heredado del padre.

Osvaldo me consiguió un pasaje de avión en Navidad, para volver de París a Buenos Aires, porque no había avisado a Aerolíneas (yo estaba maravillado de cómo había convencido por teléfono y en francés a un montón de personas). También me salvó de una pelotera en el Ramos, donde tuve que estrellarle la Rollei a un gordo gigantesco que después Osvaldo sirvió con una piña (tenía la mano muy pesada, pero le daba lástima pegar). Eran años en los que siempre que nos encontrábamos pasaba algo raro, hablo de fines del 60 y principios de los 70.

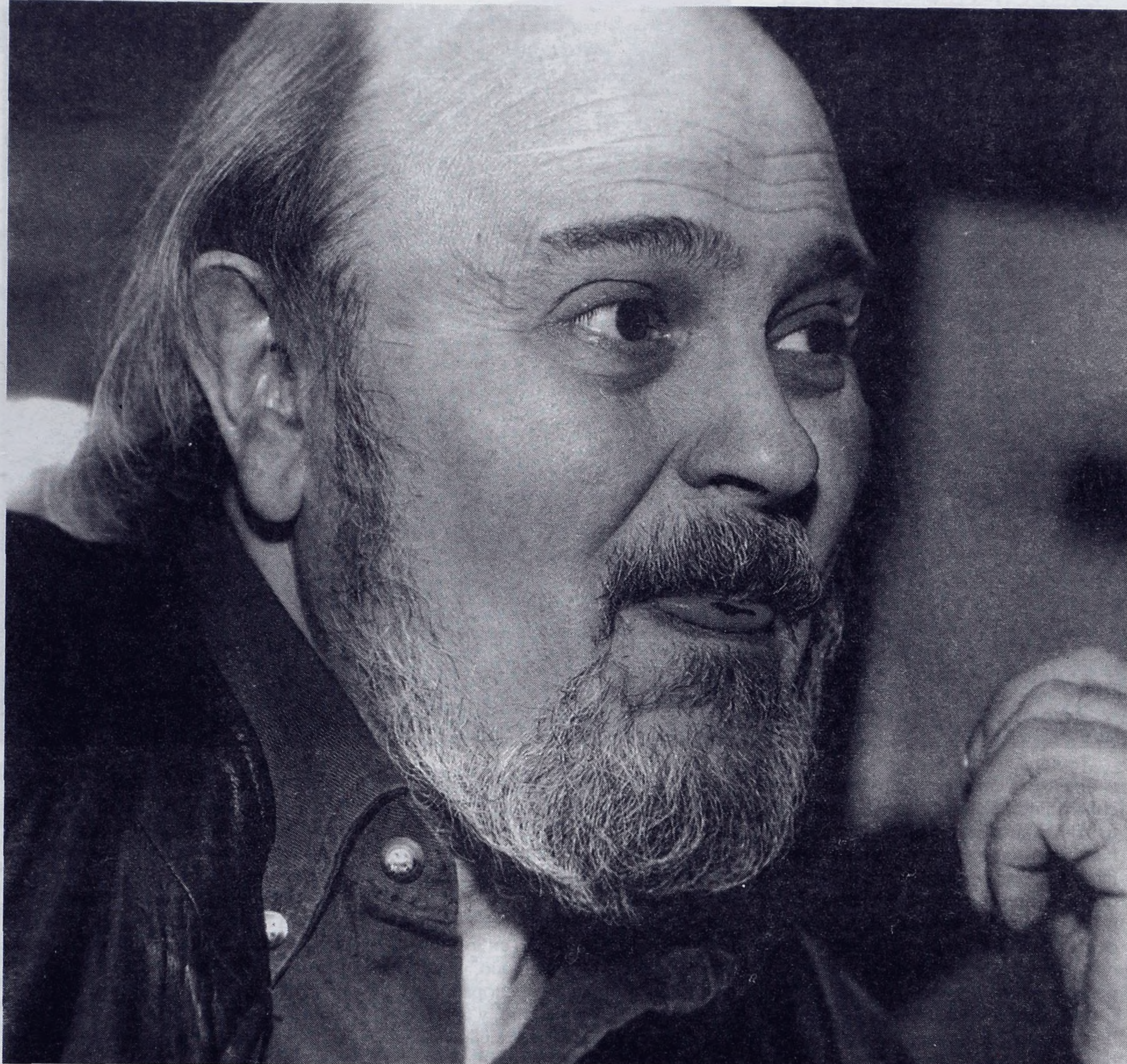
Volvíamos a Buenos Aires desde Tandil, a bordo de su Fiat 600 y había rumores de que no se podía pasar un puente a la altura de Azul, porque los militares lo habían volado ya no recuerdo en qué golpe. Cuando pasamos delante de un tanque nos pusimos nerviosos. A la distancia se oyó una pesada explosión. No nos volvimos porque el tanque viajaba hacia el sur. Preguntamos a una camioneta, que nos dijo que no pasaba nada y que el puente estaba intacto. Seguimos. A los veinte minutos llegamos al puente, lugar de origen de la explosión. El puente estaba empolvado, inclinado unos veinte centímetros, y toda la fila de automóviles pasó con los conductores muertos de risa, para aflojar la tensión y porque no se veían tropas.

–Ni siquiera saben romper –dijo Soriano. Pero por las dudas hicimos el viaje muy atentos a las tropas, que se desplazaban hacia el sur, mientras íbamos para el norte.

El puente fue la primera imagen que se me ocurrió cuando me enteré de todo esto, yo que siempre creí que este trabajo lo iba a hacer él, y que se iba a acordar del puente empolvado.

Tu feroz lealtad

Foto: Paula Teller (Gtza. La Maga)



Por ARIEL DORFMAN, desde Durham

No te vi la última vez que estuve en Buenos Aires. Fue ahora, recién, en diciembre. Te llamé y no contestaba nadie y me dije son las cuatro de la tarde, Osvaldo debe estar durmiendo. Y luego se me pasó la hora y al otro día me fui a Chile y ahora ya no vamos a poder sentarnos como todas las veces a echar largos naipes de nuestra conversación.

No era de literatura. De literatura casi no hablábamos nunca. No era de eso que quería hablar aquella última vez. Ni ahora tampoco. Lo que escribiste se defiende solo, te van a estar leyendo por mucho tiempo, se van a estar emocionando con tus palabras cuando todos tus amigos ya no estemos para defenderte. No. Lo que me hace falta es decirte cuánto necesito, necesitamos, tu inmensa humanidad, tu escéptica fidelidad. Porque estas cosas no se dicen cuando el amigo está vivo, frente a frente. Hay un cierto pudor. Es irónico que estas cosas sólo se puedan decir después.

No quería escribir esto; les dije a los compadres de **Página/12** que no me era posible escribir al calor de tu muerte, que el mejor homenaje es el silencio, y ya me ves, no quise que este día se fuera sin haberte dicho cuánta falta me está haciendo tu feroz lealtad.

Pero no me voy a poner triste. Voy a ir a mi biblioteca y encontrarte donde primero nos encontramos. Y entonces, sentado, pensando en ti, sonriendo un poco de gusto como si estuviera levantando una copa o viendo un buen partido de fútbol por TV, voy a abrir tu primera y alucinada novela y me pondré a leer: "Amanece con un cielo muy rojo, como de fuego, aunque el viento sea fresco y húmedo y el horizonte una bruma gris".

Y es bueno saber, Osvaldo, que ya, tan pronto, me estás respondiendo. Te quiere, como siempre, tu amigo Ariel.

El trabajo más agotador

Por ANTONIO SKÁRMETA, desde Sgo. de Chile

Teníamos con Osvaldo Soriano ese tipo de hermandad que tienen los remeros de una galera. Es decir: antecedentes comunes históricos, generacionales, similares dificultades políticas, una galería muy parecida de héroes literarios y, sobre todo, una gran afinidad en nuestros antihéroes literarios.

Creo que Soriano es un escritor notable en cualquier país que lo pongan, de una gran habilidad como narrador, que consistió, entre otras cosas, en hacer heroica la vida de los antihéroes. Que trabajó al borde de la nada y con esos personajes que se movían en torno de la nada creó mucho. Su prosa era profunda, pero al mismo tiempo cuidaba que no hubiera una sola coma puesta sin ingenio. Supo hacer gran literatura con la postura de un charlador, una literatura enormemente variada, desde sus textos más lúdicos, como *El ojo de la patria* hasta los *Cuentos de los años felices*, donde –ahora, enterado de su enfermedad– comprendo muy bien la intensidad con que rescató los momentos más esenciales de su vida, su infancia y la figura de su padre.

Osvaldo fue director de un diario esporádico que sacó durante el exilio, y recuerdo que fue el primero en publicar un cuento mío que se llamaba "La composición". Recuerdo que le gustaba estacionarse en el piso de arriba de un café en París, que estaba exactamente en la esquina de Saint-Germain con Saint-Michel. Nunca iba al piso de abajo, porque ahí estaban los turistas. Habitualmente nos juntábamos en ese café, y nuestras charlas ocurrían en ese lugar un poco nostálgico y vacío que había elegido, en medio de París.

También recuerdo otra anécdota: a comienzos de los ochenta, un director de cine alemán quiso hacer una versión de *Cuarteles de invierno*. La película se hizo y se llamó *El autógrafo*. Yo después trabajé varias veces con ese director, al que le gustaba mucho conversar con sus guionistas caminando a grandes zancadas, temprano a la mañana, por los parques. Soriano me contó la experiencia. Decía que había sido el trabajo más agotador de su vida, porque a él no le gustaban ni la naturaleza, ni caminar por los parques, ni sentía el menor deseo de respirar aire puro, y menos a la mañana.

El compromiso natural

Por HÉCTOR BIANCIOTTI, desde París

Siendo lector de la editorial Gallimard, leí *Triste, solitario y final*, que me gustó muchísimo. Aquella era una irrupción en la literatura sudamericana que era todo lo contrario de lo que había promovido, propuesto –y materializado– Roger Callois en la colección "La Cruz del Sur", es decir, una literatura telúrica (esa palabra terrible), exótica (exótica, claro, para un europeo). Esta obra, totalmente lograda, no tenía nada que ver con eso que podía tener éxito en el mundo, me refiero al llamado *boom* de los sesenta, etcétera. A mí gustó mucho aquel libro.

Luego las circunstancias históricas hicieron de Osvaldo Soriano un exiliado, y su literatura, aunque no era teóricamente comprometida (en el sentido de Sartre), hacía gala de un compromiso natural, porque él vivía esas cosas. Entonces hubo libros muy buenos, y aquí en Francia su literatura –sin tener un enorme éxito, como sé que tuvo en otros países, Italia, por ejemplo– lo que siempre tuvo fue lectores fieles, y también editores fieles.

Justamente ahora, la editorial Grasset –donde hoy trabajo– acaba de recibir la traducción de su última novela, *La hora sin sombra*. Incluso algunos de sus libros han pasado a la colección de libros de bolsillo, lo que habla a las claras de que Soriano se lee en francés, y mucho. Y eso habla también de su gran consideración.

Me quedan sus libros



Por ANTONIO TABUCCHI, desde Pisa Nunca tuve la ocasión de conocer personalmente a Osvaldo Soriano. Me lo imagino como un hombre alegre y melancólico a la vez. Le gustaba el fútbol, y creo que escribía sobre ello en la prensa. El fútbol es un deporte popular, como todos sabemos; lo que es, de alguna manera, una señal de cierta importancia. De haberle gustado el golf, por ejemplo, hubiera sido una señal muy distinta.Y un cierto gusto por lo popular se percibe también en sus libros: viejas canciones, tangos emocionantes, películas cómicas, el boxeo. Todo esto lo aprecio mucho porque estoy convencido de que establece una complicidad entre nosotros. Estoy seguro de que él también apreciaba una poesía de Carlos Drummond de Andrade, titulada "La música barata", que dice: "No quiero a Häendel por amigo, ni escucho el matinal de los arcángeles. Me basta lo que ha venido de la calle, sin mensajes, y que, como no perdemos, se ha perdido".

En Europa se había hecho famoso por su novela *Triste, solitario y final*, pero la obra que yo personalmente amo más es *Cuarteles de invierno*. Los dos protagonistas son realmente magníficos: un boxeador que ha recibido demasiados golpes en su profesión y un tanguista patético. Son dos vencidos, dos marginados. Pero, a pesar de ello, llenos de orgullo y de dignidad. Y son precisamente ellos, que están viviendo esta historia, quienes entienden verdaderamente la Historia en su propia piel. La violencia, el abuso y la dictadura están a punto de apoderarse de Argentina. Es un libro lúcido, terrible y valiente.

Soriano tenía una conciencia civil, democrática y política de gran fuerza. Vuelvo a repetir: lamento mucho no haber conocido personalmente a Soriano. Me quedan sus libros. Por lo tanto estas líneas no son una necrológica.

La audacia de jugar

Por ANGELES MASTRETTA, desde México

Siento reverencia y cariño por la narrativa de Osvaldo Soriano. Tengo admiración por su trabajo, por su ironía, por su capacidad de juego, por su audacia. Tal vez el libro que más me sedujo sea *Triste, solitario y final*. No es insólita mi predilección, por algo *Triste...* fue traducida a tantos idiomas y gustó a gente de tan distintos países. Pero elegir siempre es abandonar y a mí me parece injusto no decir cuánto me enseñó sobre la Argentina *No habrá más penas ni olvido* y cuánto me dijo del alma humana y sus inauditos vericuetos un libro como *Cuarteles de invierno*. Perdemos con Osvaldo Soriano a un escritor generoso, inteligente, ávido de conocimiento y de trabajo. Da una tristeza enorme saber que ha muerto, da aún más pesar que haya muerto tan joven, porque a pesar de haber sido prolijo, tenía mucho que decir y muchas maneras de decirlo muy bien. Por lo demás, me parece que Soriano es un escritor universal, y lo es porque profundiza en los pesares y alegrías de seres humanos cuya preocupación está más allá de su país y sus fronteras.

Un golpe de dados

POR ROBERTO COSSA El miércoles 22 de enero al mediodía Osvaldo Soriano leía el ejemplar del día de **Página/12**, recostado en la cama de la habitación 412 de la sala de terapia intensiva de la clínica donde había sido operado un día y medio antes. A su lado estaba Catherine, su mujer.

Fuimos a visitarlo con León Rozitchner. Conversamos de todo un poco, también de su estado de salud y del proceso posoperatorio. Hablaba de su enfermedad con fastidio, como si fuera una mala jugada del destino. Pero sólo una jugada.

Le comentamos que su nota sobre Charly García, publicada pocos días antes, había tenido una gran repercusión. Nos explicó que le había importado mucho escribirla. Era una respuesta a los tontos que defienden la "normalidad" como una manera de vivir.

Se divirtió mucho cuando le conté de la aparición del Tata Yofre en la televisión, un día antes, especialmente en el momento en que el conductor Mauro Viale lo apretó para que dijera quién lo había "traicionado" y arriesgó: "¿Fue Menem?" Y Yofre respondió: "No es alguien de Capital Federal". Me pareció que el Gordo registraba el bocadillo en su archivo de escritor. En definitiva, Viale, Yofre y Menem eran, con otros nombres, personajes de sus historias sobre los argentinos.

A la media hora advertimos con Rozitchner que había llegado el momento de dejarlo descansar. Y nos despedimos. Sin mayores efusiones. Estábamos seguros de que volveríamos a verlo al día siguiente. No sospechábamos que ésa sería la última vez.

Pocas horas después, el cuerpo de Soriano se descompensó e inició el descenso hacia el final.

Los días siguientes fueron de vigilia, compartida entre los pocos que sabíamos de su enfermedad, en las antesalas asépticas de la clínica. Hicimos lo que hace cualquiera: aferrarnos a las pequeñas señales, creer en los médicos como sólo creen en la ciencia los que creen en Dios y hablar tonterías todo el tiempo.

Intentamos rodear a Catherine, como pudimos. Personalmente me hubiera gustado hablar muy bien el francés. Sentí que Catherine necesitaba confesar su dolor en su propio idioma.

Pero todo se iba desbarrancando. El domingo 26 a la tardecita fui un testigo a diez metros del momento en que Catherine recibía el parte del día. Por la cara del médico me pareció que todo se terminaba. Intuición de teatrero. Le dije al Negro Juárez que si en el escenario un actor tuviera que dar una mala noticia lo haría con esa cara.

A partir de ese momento comencé a mirar el almanaque de reojo. El miércoles 29 se iban a cumplir diez años de la muerte de Carlos Somigliana. Entre las cosas que recuerdo de ese 29 de enero de 1987 es que Soriano estuvo en el velorio y que juntos hablamos de los misterios de la muerte. Somigliana tenía 54 años, como ahora Soriano, y había caído derrotado por un ataque al corazón.

Me convencí de que la historia no iba a repetirse y el miércoles 29 lo proyecté cargado de habitualidades. Me olvidé de que el Gordo era un cabulero del alma, un amador de los hechos casuales. Soriano estaba convencido de que hay un tirador de dados que maneja el destino.

Y es probable que haya pactado el día. Soriano y Somigliana se disfrutaban como pocos. Al Gordo lo divertía hasta más no poder el humor ácido de Somi y Somigliana se deslumbraba con las historias del Gordo.

Fueron otros tiempos.

El viernes me levanté temprano como todos los días. Recogí el diario y me enteré, entre otras cosas, de que Boca le había ganado a River. Aquel 29 de enero de hace diez años también se comentaba un superclásico que terminó, me parece, con otro triunfo de Boca. Como si el tallador quisiera que no quedaran dudas sobre quién maneja el juego.

Y el día viernes siguió. Tuve una reunión de trabajo y luego me puse a escribir estas líneas. Ya todo comienza a recuperar la normalidad. Quedan las imágenes de las últimas horas. El llanto en los rincones de algunos veteranos del dolor, de esos que no se quiebran nunca; la presencia de Eduardo Galeano, que viajó especialmente desde Montevideo (y que hizo más notorias algunas ausencias inexplicables); la vigilia contenida de Santo Biasatti (que no formaba parte de las amistades históricas de Soriano) y el entrañable mensaje de despedida de Pasquini Durán. Y Manuel, como un Soriano chiquito al cual se le pueden poner todas las fantasías, siempre y cuando uno se imagine a sí mismo vivo dentro de veinte o treinta años.

Ya hace mucho aprendimos que uno se muere de un día para otro. Que podemos seguir caminando por este mundo pero que viajamos dejando despojos.

Alguna vez me dijeron que mi padre había muerto. Yo era muy joven como para entender lo que eso significaba. No sabía que ese día empezaba a vivir mi propia muerte. Y seguí caminando, dejando despojos.

El miércoles 29 de enero se murió Soriano. Y vivir sin Soriano será como morir otro poco.



Una deuda infinita

Por LEON ROZITCHNER Cuando alguien muy amado muere se abre inesperadamente una deuda infinita: no haberle dicho mientras vivía cuánto lo queríamos. Y por más que ahora se lo expresemos en voz alta, para que otros nos escuchen, como si compensáramos en algo las ocasiones perdidas, ya no es él quien nos oye: el infinito que ahora nos separa vuelve, implacable, nuevamente a abrirse. Por eso sólo la propia muerte, pensamos, será la que franquee la distancia insalvable. Y por eso los seres a quienes más hemos querido, con quienes quedamos en deuda, nos acompañarán para siempre hasta que la propia muerte, de infinito a infinito, la salde. Y la separación infranqueable que ahora vivimos, entre lo sentido y lo no dicho, se cierre.

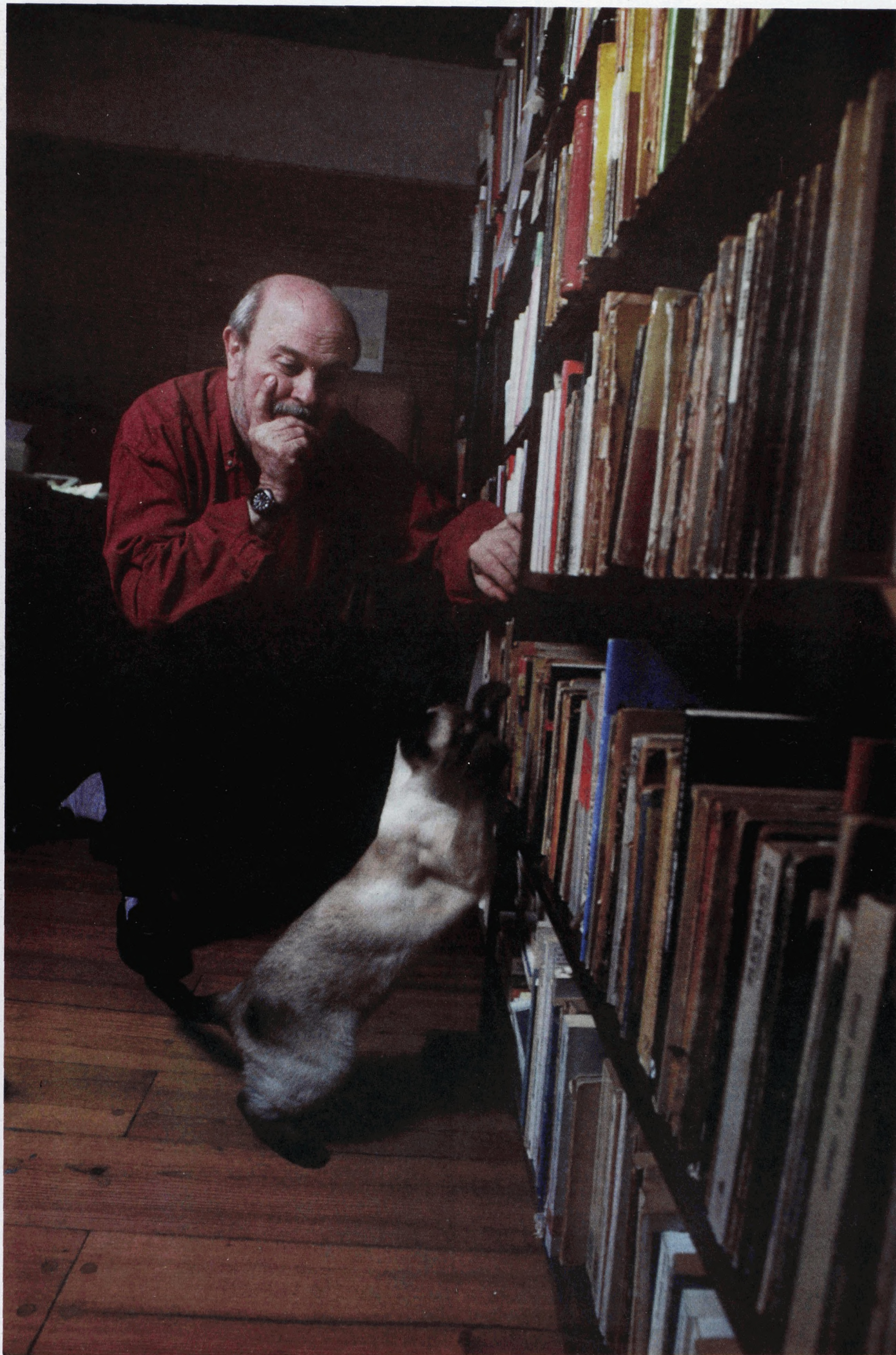
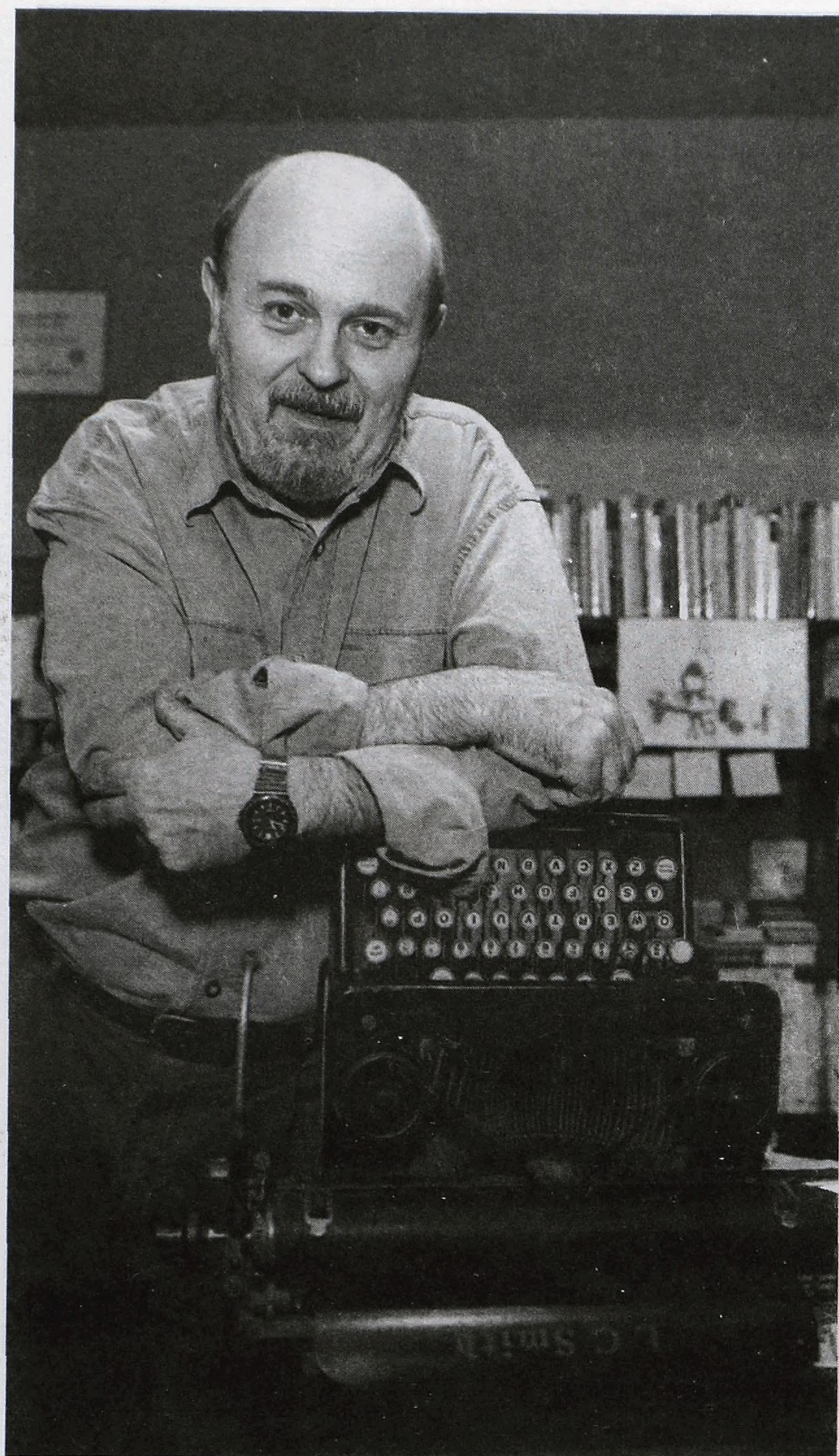


foto gentileza diario Clarín



Pequeño manual para escritores (instrucciones y uso)

Por GUILLERMO SACCOMANNO En las conversaciones que se estiran hasta la madrugada, el Gordo sabe que el sueño es la necesidad del olvido que todos tenemos. Pero el Gordo es insomne. Y no quiere olvidarse. De nada. En esas conversaciones, con sus opiniones, valiéndose de historias propias y ajenas, el Gordo construye algo así como un decálogo. La palabra le suena universitaria, presuntuosa, engrupida. Prefiere hablar de tácticas y estrategias. En verdad, se trata de un manual de instrucciones y uso. Que encierra una moral de la literatura:

◆ Tratá de no meter todo en tu primer libro. El primer libro es eso, el primero. Después tiene que seguirlo otro. Y otro. Este oficio consiste en trabajo, paciencia y no aflojar.

◆ No es saludable que con un primer libro te vaya ni muy bien ni muy mal. Si te va fenómeno, después te va a costar el doble que el primero llegar al segundo. Si te ignoran o te aplastan, se necesita mucha fuerza para levantarse después.

◆ Cuando te ganás lectores, tenés una responsabilidad. Los lectores te pueden perdonar un tropiezo, dos. Pero así como te siguieron, si les mentís se dan cuenta. Y te abandonan.

◆ No sé qué es el estilo. Quizá no conviene que un autor lo sepa. Pero los que sí lo saben son los lectores.

◆ Hay cosas que los argentinos, y en particular los intelectuales, no perdonan. Que te vaya bien. Hay ejemplos.

◆ Nadie escribe para no publicar. Es mentira que a uno no le importan ni la crítica ni la opinión de los lectores.

◆ Hay escritores que no se traban nunca, que no tienen problemas con la página en blanco. Por lo general, son los más prolíficos, los más petulantes y, por supuesto, también los más mediocres. Cuando te trabás, ahí es donde hay que retomar el impulso, insistir.

◆ No hay que mostrar mucho lo que uno anda escribiendo. Con unos pocos buenos amigos, que sean también buenos lectores y no perdonavidas, es suficiente. La crítica de un amigo suele ser más justa que el elogio de un crítico.

◆ No hay que confiar nunca en los editores. Sí, hay editores honestos, pero sobran los dedos de una mano para contarlos. Mientras un escritor tiene tres, cuatro, a lo sumo una docena de libros para escribir en toda una vida, un editor tiene cientos, miles, para vender. El autor se envanece con la posibilidad de dar a conocer su obra. El editor, en cambio, se conforma con hacer un buen negocio a costo de otro. Se supone que un escritor es valiente. Sin embargo, cada vez que se discuten estas cuestiones de los derechos de autor, somos siempre los mismos dos o tres desconocidos de siempre los que puteamos. Y nos toman por borrachos.

◆ Los perdedores son siempre más interesantes que los ganadores. A los ganadores no se les cree. Por lo general, se agrandan y mienten. Por eso los perdedores resultan más atractivos, más humanos. Los perdedores todavía ignoran cómo se hace para ganar, prueban, lo intentan y fracasan, vuelven a intentarlo y vuelven a fracasar. Además, se mantienen fieles a sí mismos en esa lucha. ■



Verlo con una sonrisa

Por ROBERTO FONTANARROSA Ante este tipo de circunstancias uno puede escribir mucho o no puede escribir casi nada. Yo no puedo escribir casi nada. Advierto, eso sí, que hay un común denominador en todos aquellos que hablamos y opinamos sobre Osvaldo: más allá de la admiración por el narrador, más allá del deleite que nos han producido sus novelas y cuentos, más allá de esa suerte de revelación que nos significara, por ejemplo, *Triste, solitario y final*, todos sentimos, fundamentalmente, la muerte de un amigo y de un compinche. En mi caso, de un amigo al que no veía demasiado a menudo: por sus largos años en el extranjero y, luego, por el simple dato biográfico de yo vivir en Rosario y él en Buenos Aires. Pero al que siempre sentí cercano, tal vez por nuestra pasión por el fútbol, acrecentada por el hecho de ser hinchas de dos divisas amigas: el Gordo era "cuervo" y yo soy "canalla".

La última vez que Osvaldo estuvo en Rosario –creo que fue la última vez que lo vi, en definitiva– entre otras cosas grabamos un largo programa para "El Tercer Ojo" de TyC. Tengo entendido que ese programa no salió al aire. Ojalá que –si alguna vez se emite– yo haya superado ese lógico y bajoneante período de duelo que sobreviene ante la muerte de un amigo entrañable. Y que pueda, entonces, verlo con una sonrisa, que es la forma en que se recuerda a aquellos con quienes uno ha compartido largas charlas sobre gustos comunes, con quienes ha pasado momentos fantásticos recordando a los grandes goleadores o ha disfrutado enormemente repasando las películas que nos marcaron en nuestra adolescencia. Así, sin dudas, recordaremos a Osvaldo. Así es la forma en que cualquiera de nosotros quisiera que se nos recordara, en rueda de amigos, el día de mañana. ■



Recuerdo de la vida

Por MIGUEL BONASSO ¿Por qué, Gordo, la muerte de un entrañable genera inmediatas culpas entre los sobrevivientes? Literalmente aislado en Inglaterra ignoré que estabas enfermo y me enteré recién hace pocas horas de tu muerte. Con culpa. Con la culpa de no haberte dicho cuánto me había gustado *La hora sin sombra*, de no habernos tomado ese cafecito que nos debíamos en largos años de desencuentros geográficos, de no haber terminado a tiempo el libro que estaba escribiendo y vos tenías ganas de leer.

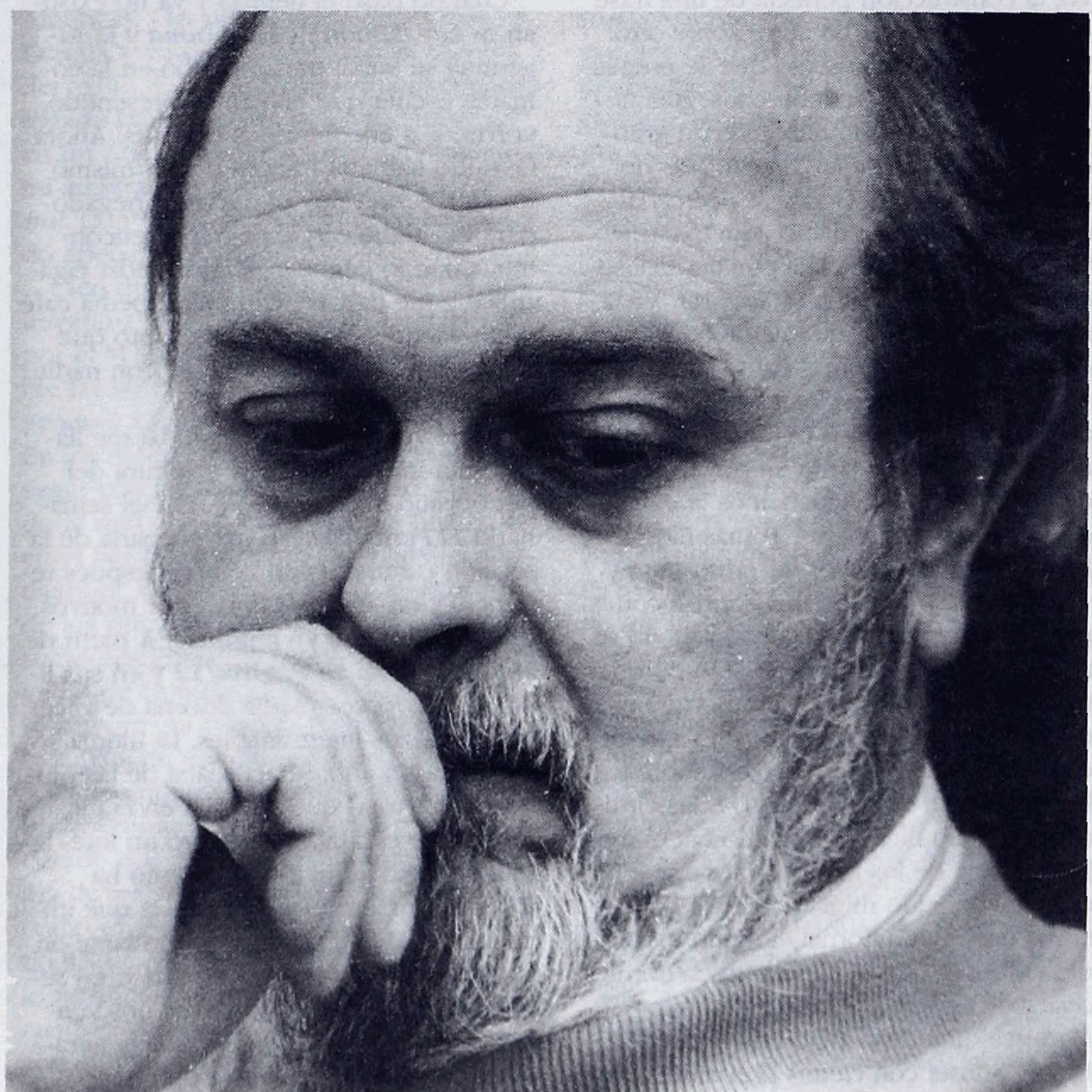
Me dio rabia, también, haber interpretado recién ahora ese mensaje de despedida elíptico que fue tu maravilloso adiós a Marcello Mastroianni, quien –como vos el miércoles pasado– "hizo lo que más le repugnaba: morirse". Y te sentí gritar desde el absurdo de la agonía: *"Que paese e queste? Queste e un paese di merda"*. Para irónica satisfacción de otros enormes ausentes, como tu querido Cortázar, para el que la muerte era "un escándalo".

Entre los comentarios que se quedaron para toda la eternidad están ciertas confesiones que los narradores –incluso los muy exitosos como vos– valoran como cualquier principiante: el recuerdo de una noche en México riéndome a lo loco con las peripecias de un cónsul argentino perdido en el Africa que es el antihéroe de *A sus plantas rendido un león*. Especialmente con esa escena en que los soldados africanos, enviados por el emperador local, confunden a Gardel con el presidente argentino. Fui descuidado y negligente al no decirte cómo te envidiaba esa capacidad de hacer reír a carcajadas y esa libre fabulación que te convirtió en nuestro gran novelista de aventuras. De aventuras sin destino y patéticas como el *"paese di merda"* que mirabas con ironía implacable hasta rendirte a la piedad y la ternura que te producían tus desoladas marionetas. Tus queridos fracasados, rescatados del olvido por una narrativa que integraba, precisamente, la misma estética que amó Mastroianni: la del Monicelli de *Los compañeros* o *La gran guerra*. Que se encarnaba, en esta orilla del mundo, en el grotesco de los dos hermanos Discépolo y en el sainete de Vaccarezza.

Virtudes que ya estaban en embrión en tu primer libro *Triste, solitario y final*, que escribiste en aquellos lejanos días de *La Opinión*, cuando discutíamos con otras sombras queridas esa posibilidad remota, absolutamente inverosímil en los primeros meses de 1972, de que Perón regresara al país (y lo dejaran entrar) o la dinámica vertiginosa de un mundo que parecía capaz de ser transformado.

Hoy recordé, en este presente desalmado de fin de milenio, aquella borrachería sesentista de El Pulpito, anexa al más costoso Pulpo, donde nos reíamos a carcajadas con Paco Urondo, el "Moro" Da Mommio y la Vicki Walsh de la que estabas (según tu propia y reciente confesión) secretamente enamorado. Y las bromas, las frases ingeniosas, las porciones generosas de pulpo a la gallega y los brindis interminables –antes o después de cerrar el diario– volvieron con nitidez de luces y olores, mucho más reales que la noticia siniestra que me llega de Buenos Aires, abstracta e irreal por el filtro de la distancia, y que no quiero aceptar.

¿Qué hacer ahora sin él?



Por MEMPO GIARDINELLI Desde muy lejos siento rabia e impotencia por la muerte del Gordo Soriano. Me acaban de avisar, en esta helada noche de Virginia –tan lejos de Dios, tan cerca de Washington– y es como que de pronto se me calentaran los recuerdos al llorar. Casi 30 años de una amistad que pensé para toda la vida, si la vida era esa ilusión de eternidad que alguna vez compartimos.

Y digo rabia e impotencia porque francamente no hay derecho. Está bien que el Gordo se fumó todo, pero no hay derecho. Está mal esta muerte. Es injusta. Es una perrada que sigan vivos Videla, Massera y tantos asesinos; es una putada que los capomafias y demás carcamanes menemistas sigan vivos y jodiendo al prójimo; es una reverenda cretinada que Reagan y Yeltsin, por mencionar algunos especialistas en fregar naciones, sigan vivos; y nuestro Gordo querido, a los 54 años recién cumplidos, esté muerto.

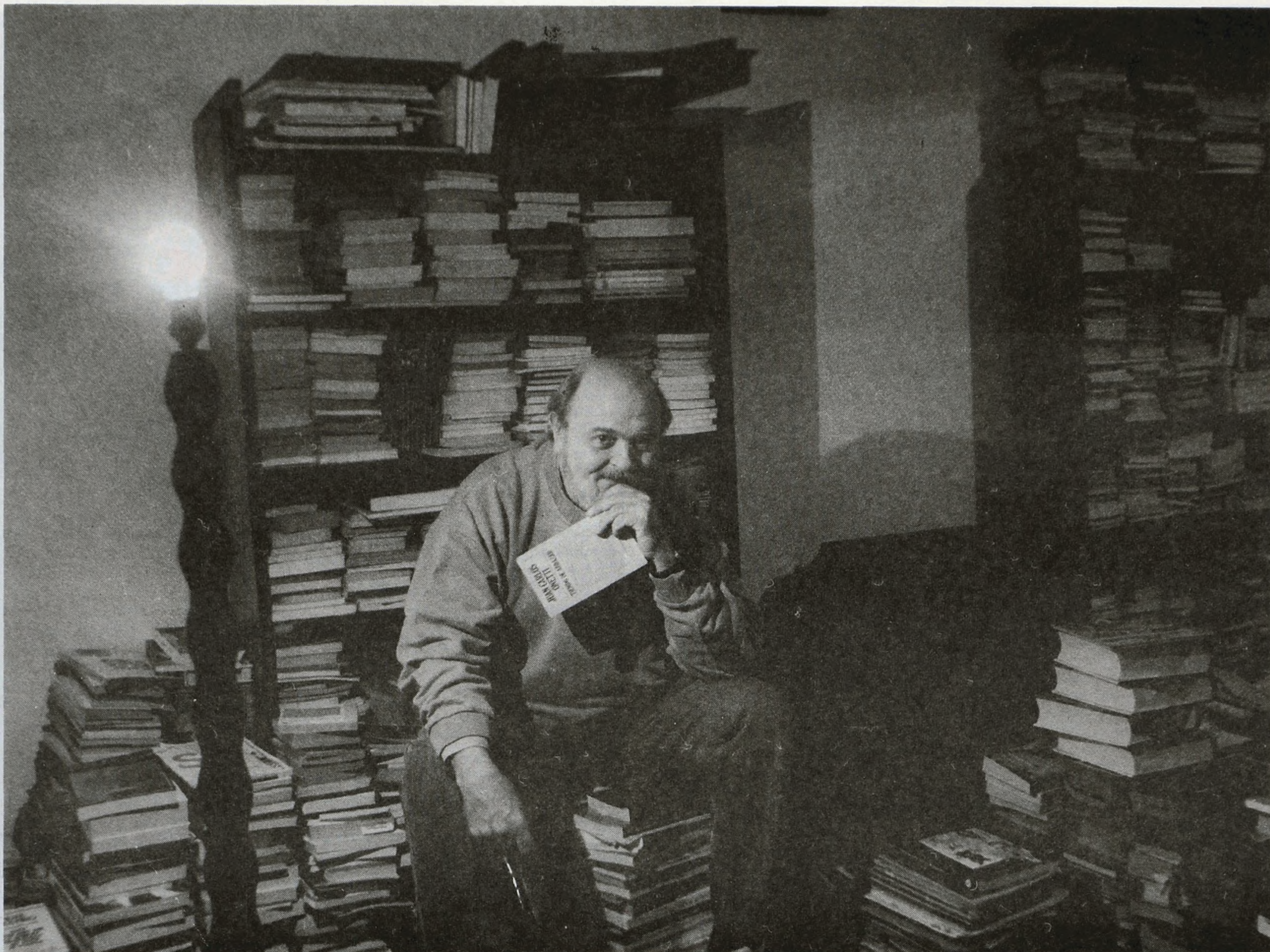
Desde que éramos muchachos y llegamos a la Capital, él desde Tandil, yo desde Chaco, y compartimos aquella primera redacción de *Semana Gráfica*, en la hoy desaparecida Editorial Abril; desde que caminábamos la Avenida Córdoba de punta a punta, deteniéndonos a tomar ginebras en las esquinas, y nos leíamos los primeros textos, y hablábamos de Laurel & Hardy con inocencia y fervor; desde que en los días sórdidos de marzo del 76 nos encontrábamos para jurarnos que nos escribiríamos desde nuestros exilios; desde que nos reencontramos en Bruselas, y en París, y después en Buenos Aires; desde que la última vez, en el Bar Suárez, nos dijimos que éramos unos pelotudos por fumar tanto (y yo dejé después de aquella charla, te lo juro, Osvaldo); desde entonces y siempre, con el Gordo creíamos en cierta forma de inmortalidad: la de la palabra, la de la ética, la del buen sentido del humor, la de la ginebra con hielo.

Pero en qué inmortalidad va a creer uno ahora, si uno está tan cabrero en este momento y tan solo. Porque la muerte del Gordo es un verdadero descalabro. Una ruindad de la vida. Casi diría: lo único que nos faltaba a los argentinos.

Ojalá él descanse en paz. Pero, ¿qué va a ser de nosotros sin Osvaldo Soriano? ¿Alguien me lo puede decir?

Yo creo que es lícito, esta noche, que bien fuerte y entre todos puteemos a la muerte.





El largo adiós

Por RODOLFO RABANAL Creo, cada vez más, que la literatura ocurre contra el olvido. Quienes no conocieron a Osvaldo Soriano personalmente, esos miles de lectores anónimos que supo conseguir en quince idiomas, tienen sus libros, la perdurable marca de sus palabras, el encanto brusco y la vuelta hilarante de sus historias, y pueden volver a ellos con la libertad piadosa de no evocar su persona. A nosotros, en cambio, nos aflige hoy el doloroso estupor de su muerte y la clara conciencia de una obra cerrada, completa para siempre. Cancelación, ésta, bastante increíble porque me resulta difícil pensar que Osvaldo ya *no siga* escribiendo.

He pensado, en estos dos últimos días, en lo rara que es la amistad, en las extrañas maneras que tiene de manifestarse. Una de sus formas más altas es el reconocimiento y la lealtad que lo acompaña, uno de sus felices índices es la risa fácil en el encuentro inesperado, el humor cómplice, o la confesión de proyectos secretos, signos tribales de una cofradía cualquiera, en este caso la de la hermandad de escritores.

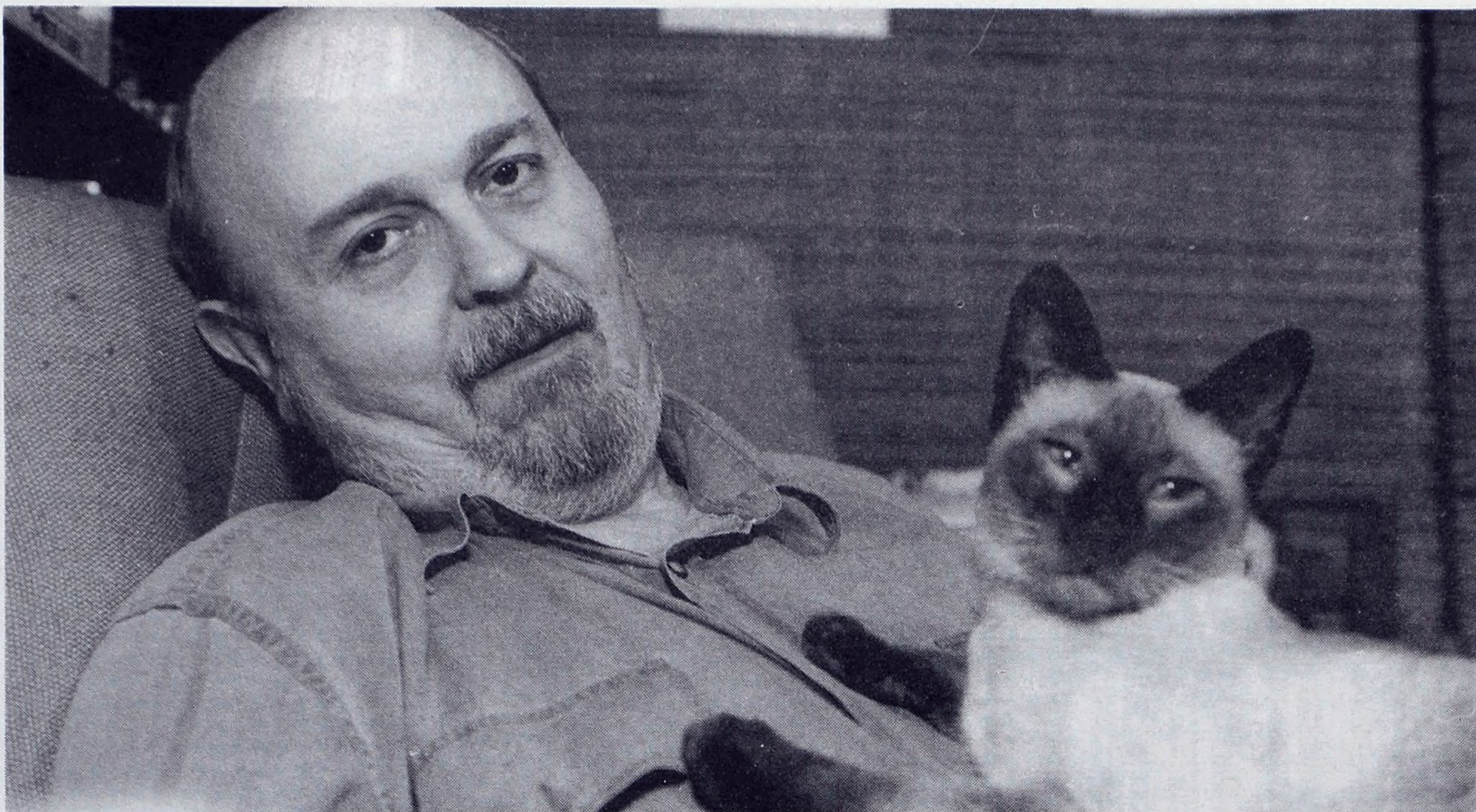
Inexplicablemente, hacía años que no nos veíamos. Lo leía asiduamente y sabía de él y de su vida, aunque me faltaran los detalles. Por amigos comunes me llegaba algún mensaje, y el mensaje contenía el mismo desconcierto ante lo difícil que resultaba reunirnos. Un día quise que supiera que, con el correr del tiempo, él había ido adquiriendo los rasgos solares de un mandarín socarrón. Como un chino rubio criado en la pampa, rápido para la broma y sereno para la reflexión. Esa agradable metamorfosis era un tributo que la morfología pagaba al espíritu para que la coincidencia entre lo visible y lo invisible retratara cabalmente a la persona. Además, ¿no correspondía de algún modo al mandarinazgo generacional con que la fama y el talento lo habían agraciado?

Como suele decirse, cultivábamos "estéticas distintas" pero habíamos empezado prácticamente juntos, en la misma época, compartiendo parecidas pasiones autorales y trabajando en las mismas redacciones. Debimos de habernos visto por primera vez hace 26 o 27 años, cruzándonos en las últimas oficinas de *Primera Plana* para encontrarnos, poco después, ya incorporados, en la redacción que *Panorama* tenía en Leandro N. Alem y Paraguay. En esos días, la consigna consistía en memorizar el primer párrafo de la inolvidable novela de Chandler *El largo adiós*. El efecto que esa novela causó en Osvaldo fue decisivo y hasta me atrevería a decir que su estímulo puso definitivamente en marcha la maquinaria de su talento narrativo. Recuerdo cuánto nos gustaba Marlowe, con su parquedad sentenciosa, sus debilidades varoniles y el sabio relumbrón de su escepticismo. Y recuerdo que nos preguntábamos –con indignación– por qué diablos en este país "irrecuperable" era imposible inventar un policía cuyo vicio fuera la justicia. Desde luego teníamos la respuesta, pero entonces la respuesta nos indignaba más que la pregunta.

En esas épocas, dos jóvenes periodistas con ambiciones literarias podían perder el tiempo alegremente y arrancarse los ojos por la utilización feliz de un adjetivo, la construcción perfecta de una frase o la preferencia de un autor sobre otro. Saber elegir era un mérito que se premiaba con respeto. Y cuando conseguíamos un párrafo adecuado dábamos un grito de triunfo detrás de la Olivetti. Más de una de una vez, el Gordo se acercaba con la página en la mano para decirme: "Escuchá esto", y me leía con cuidadoso énfasis lo que acababa de escribir. Vivíamos tiempos en los que nadie hablaba de marketing; los temas eran Hemingway, Proust y las crecientes desgracias de un país que temíamos perder. A veces nos demorábamos tanto en discusiones de trasnoche que olvidábamos la exigencia inapelable del cierre. Tomás Eloy Martínez era el director de *Panorama* y venía a buscarnos con una sonrisa cortés pero desesperada. Y, en ocasiones, lo sé ahora, se moría de rabia no sólo porque tardáramos en entregar, sino porque él se estaba perdiendo los cuentos de Soriano o las discusiones interminables sobre los beneficios del estilo indirecto o las virtudes del estilo directo. Osvaldo era el mejor charlista de los tiempos modernos que he conocido nunca. En 1971 la revista me envió a California. Soriano me pidió entonces que le hiciera un favor: necesitaba el plano del barrio de Philip Marlowe, una descripción de la calle La Brea y Sunset con ciertas precisiones cartográficas. Estaba a punto de escribir *Triste, solitario y final* y su fantasía necesitaba el apoyo de la realidad. Le traje un mapa y le conté cómo olía esa calle y el color negro que tenía el asfalto.

Cuando pasó el tiempo y ya no existían ni *La Opinión* ni *Panorama* y la Argentina se había transformado en la comarca oscura que habíamos presentido, volvimos a encontrarnos en París. Ahora Osvaldo hablaba francés y ni él mismo podía creerlo: "Soy el tipo más negado para los idiomas que se pueda encontrar. Cuando llegué a Bélgica pedía cigarrillos y me daban estampillas, pedía café y me daban sobres de carta, tanto que durante una semana no hablé con nadie. Me daba pavor".

Ya de vuelta, en el '84, un día me llamó para iniciar una bella aventura del periodismo independiente. Fue el semanario *El Periodista*. Yo me ocuparía de la sección cultural. Poco tiempo después renunció y un año más tarde, por motivos propios, también yo renuncié. A partir de entonces lo leí en **Página/12** y en sus libros y nos vimos media docena de veces entre abrazos interminables. La última vez, hará un año, se acordaba de las plumas "cucharita" que yo tenía en Francia, de las que él también compró un lote. Es muy extraño admitir que Soriano ha muerto, primero por la injusticia que implica interrumpir una carrera brillante en la madurez de su productividad y, en segundo lugar, porque con él se nos van los mejores sueños de toda una generación llamada alguna vez la del '70.



Un destello amarillo

Por TUNUNA MERCADO Así se titula: *La tarde en que Osvaldo Soriano puso un cuento y una filosofía en mí sin que yo me diera cuenta.* Pero debería empezar así: en la década del setenta, una tarde en *La Opinión* ya desaparecida –páramo final y solitario– se decidió que Soriano y yo iríamos a buscar unos carteles al otro lado de la ciudad. Paco Urondo había caído preso y lo mejor de la campaña que habían desplegado los trabajadores del diario era un dibujo de Sabat: la cara de Paco, con una leyenda en rojo que decía: *"Libertad al poeta Urondo"*. Soriano tenía un auto viejo, entre Citroën y Renault 4L. Nos conocíamos apenas, de modo que cuando empezó la travesía íbamos callados. Hubo unas breves consideraciones. Sí, te conozco, vos sos la mujer de tal o yo te conozco de leerte, sí estoy con una psicóloga, no, no tengo hijos, yo sí, yo tengo dos. Así de escuetas, desde Reconquista y Tucumán hasta Córdoba y Florida, no más. Después, de nuevo el silencio.

Pasando Montevideo, Soriano –no todavía el Gordo para mí– me preguntó, súbitamente, a bocajarro como se dice en literario, si yo tenía gato. Así dicho: no *un* gato o *una* gata, sino la especie en sí, como si me hubiera preguntado ser humano u hombre. Una gata, le dije. Desde ese punto en adelante empezamos a discurrir sobre gatos, pero no sobre gatos individualizados, el mío y el tuyo que hacen tales y cuales monerías, sino sobre esencia, ser. Es decir sobre filosofía, gran saco en donde entra el ser y el tiempo, donde se dilucidan el amor y la muerte.

Tampoco fue decir los gatos tienen misterio, o no se dejan asir, ni refutar el lugar común antropomórfico de que son indiferentes y no tienen afectividad. Yo percibí que el Gordo, ya el Gordo, quería hablar de un enigma más denso, de un conocimiento recóndito del animal que sólo aflora para pocos y que, cuando lo comunica y lo deja entrar en el universo del otro, es decir de uno –decía el Gordo– uno adquiere un aura de saber que sólo te nimba –no sé si fueron ésas las palabras– cuando se han decantado en tu interior. Y ese aura o señal se reconoce, es inocultable para los que la tienen. Yo no sabía aún si me quería incluir entre esos que comprendían la naturaleza gato, o sabían fundirse en ella, pero por algo me lo estaba diciendo. Recorrimos kilómetros. Yo veía que no aparecían extramuros, que todo seguía siendo ciudad, que Buenos Aires ya era un territorio extranjero para mí, mientras la conversación se convertía en dúo para cuerdas, de esos que turnan los instrumentos, gato va, gato viene, teoría tal, prejuicio cual, lugar común, lugar sagrado, hasta llegar a clasificaciones elementales como ser –dice el Gordo– si una persona dice yo prefiero los perros, inmediatamente tenés que apartarte, rajar, porque no hay esperanzas de que alguna vez vaya a entender nada de nada. Perros y gatos –agregó con desprecio–, ¿por qué no gatos y elefantes?

Recogimos los carteles de la imprenta. El impresor había hecho un trabajo perfecto, eran casi serigrafías que merecían numerarse. El Gordo se quedó con una imagen del poeta Urondo, yo con otra. Cuando él me regresó al centro, el universo gato seguía deparando luces. Subimos a mi departamento –le dije al Gordo–, tomamos un vino y te presento a mi gata. Pasamos por el living, saludamos a los chicos y a Noé, que allí estaban, y pasamos al dormitorio: el Gordo se sentó en el borde de la cama y la Micha, que estaba dormida en la otra punta, sobre mi almohada, se despertó lánguida, se desperezó y vino, dócil, al regazo del Gordo, sin que él hiciera el menor gesto de llamarla. No le vi aura al Gordo, pero sí un destello muy amarillo –debería decir dorado– en sus ojos pardos. ■

Daiquiris en Cuba

Por PEDRO ORGAMBIDE Lo vi entrar en el hotel Capri, de La Habana, que había sido el refugio de George Raft, de mafiosos y tahúres antes de la Revolución. Ibamos a vivir allí mientras trabajásemos como jurados del concurso Casa de las Américas. Osvaldo Soriano llegaba de Europa y yo de México: ambos, viajeros del exilio. En la Argentina nos habíamos tratado muy poco, aunque alguna vez, en un café de Buenos Aires, le comenté mi admiración por *Triste, solitario y final*. Con cierta timidez, Soriano lo recordó apenas nos vimos.

Creo que la escenografía del hotel nos inspiraba, como el andar de las mulatas por el Malecón, y eso hacía más soportable las largas horas que pasábamos leyendo y analizando textos de literatura. En los momentos de descanso, solíamos vagar con Soriano por la ciudad, siguiendo la ruta de Hemingway, que finalizaba en el bar Floridita, donde tomábamos un daiquiri. Allí, Soriano me contó que uno de los primeros libros que había leído en su adolescencia en Tandil era una biografía de Horacio Quiroga. Yo, a la vez, le dije que mi primera crónica deportiva la escribí en esa ciudad. Como Cortázar, Soriano entendía de boxeo (aunque su fuerte, como se sabe, era el fútbol). Recuerdo que me acompañó a un programa de televisión en el que yo participé, como ex periodista deportivo, recordando a José María Gatica. Por mi parte, yo lo acompañé a él a diferentes gimnasios, cuando Soriano intentaba el reportaje con el boxeador Stevenson, el campeón olímpico de peso completo, que parecía indiferente a la tentación capitalista de transformarse en profesional, con firme pronóstico de llegar a campeón del mundo.

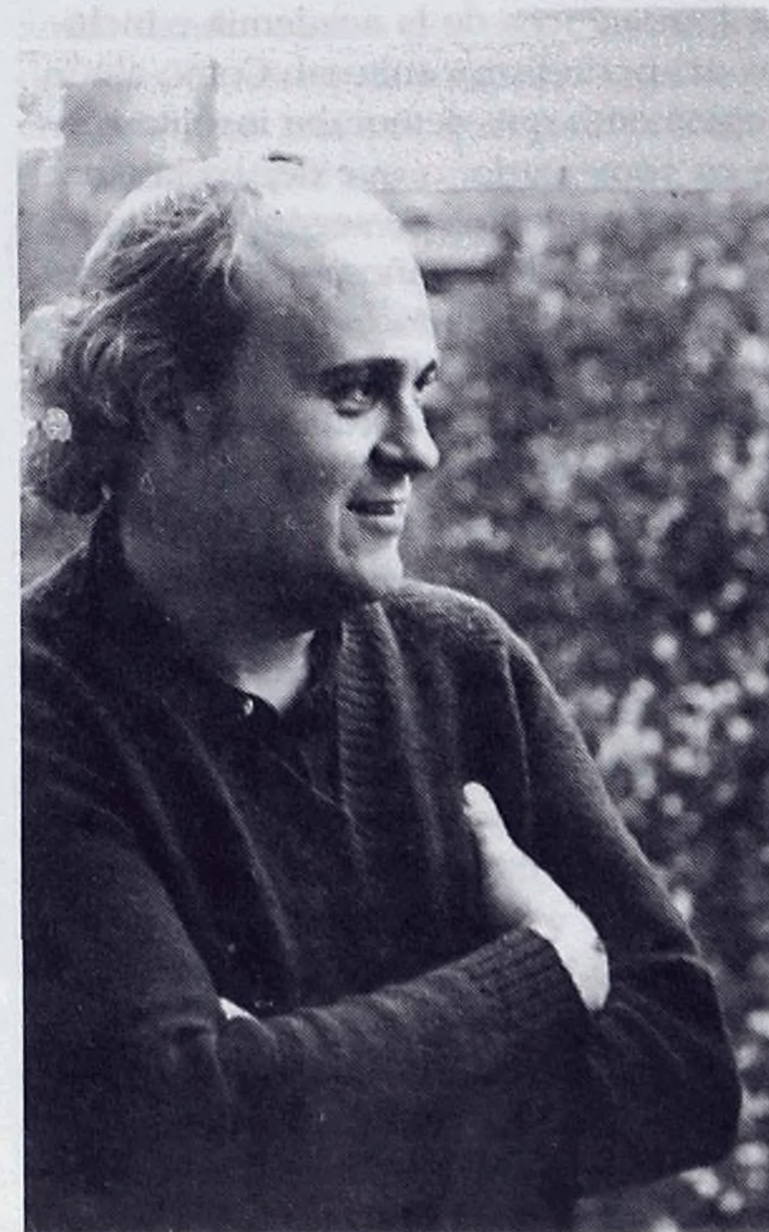
Lo mismo que a Roberto Arlt en Marruecos, a Soriano, en Cuba, se le aparecían los personajes pintorescos, como el último mendigo de La Habana Vieja, o la cantante mulata que estaba disfónica no por cantar sino porque ese día estuvo dando órdenes a los soldados, ya que era capitán. A Soriano le fascinaban los contrastes, como ver, en un pequeño museo, el uniforme de José Martí junto al piano blanco de Bola de Nieve, el maestro negro de la canción tropical. Al rato, aquello que veía lo transformaba en anécdota, en un relato verbal que él enriquecía con otras vivencias reales o imaginarias. Al leer sus novelas, sus relatos, sus notas periodísticas, no puedo olvidar aquellas caminatas donde recibí, de primera mano, la versión oral de muchas de sus historias.

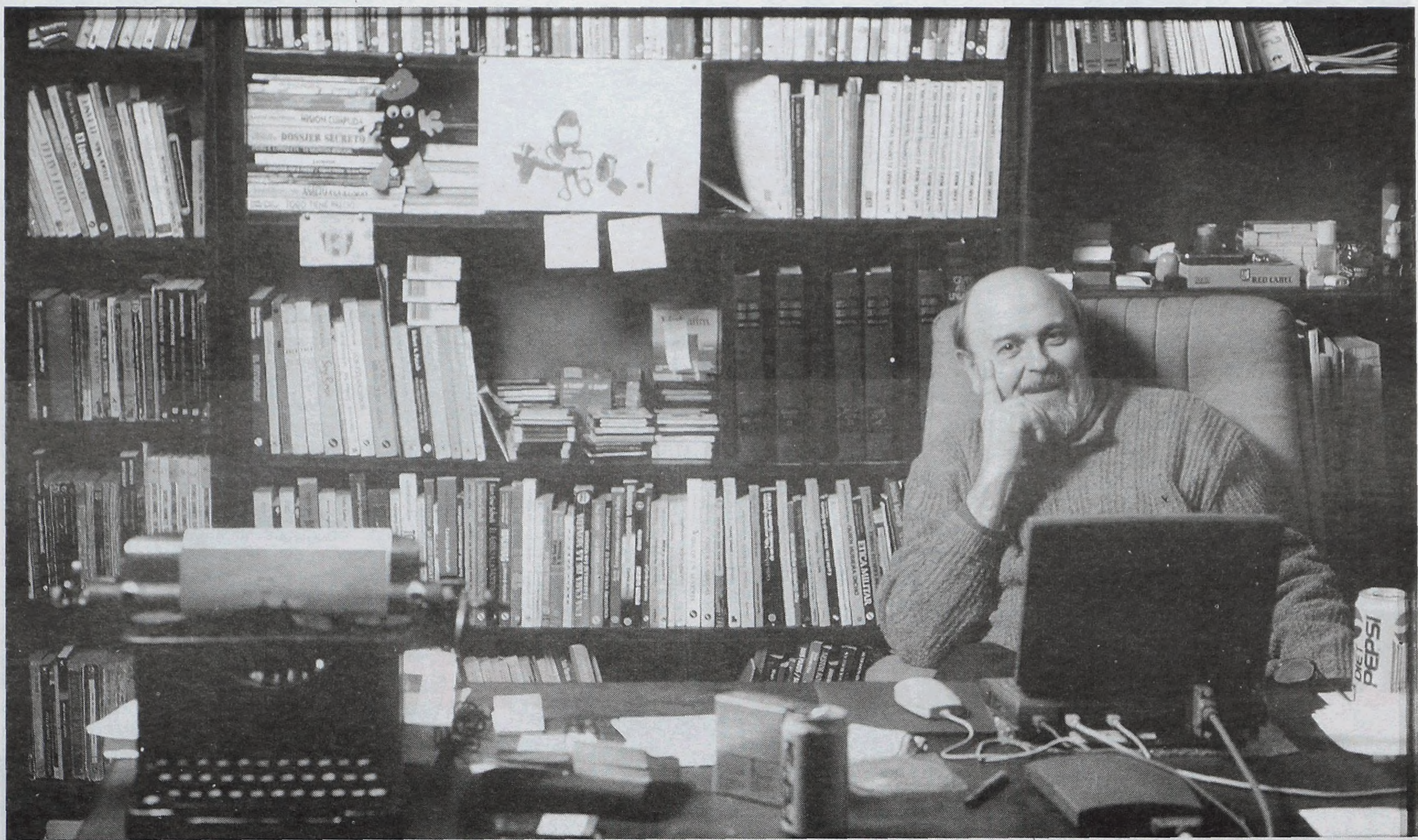
Al verlo trabajar, comprobé que su entusiasmo periodístico corría parejo a su amor por la literatura. Como Payró, como Fray Mocho, Soriano podía lograr un feliz sincretismo entre ambas aficiones. Lo supe cuando dejamos La Habana y fuimos hasta las sierras del Escambray. Allí lo vi a Soriano tomando notas sobre la "guerra de los bandidos", la de los sabotajes planeados desde el exterior durante el bloqueo. Lo vi conversar con los campesinos de la zona, hombres curtidos, con los rostros hirsutos bajo los grandes sombreros de paja y las manos firmes en el machete. Revivían, frente a Osvaldo, los padecimientos y las muertes que entonces eran de los otros.

La muerte entraba en su literatura como en la de todo escritor, pero a veces tomaba otro rumbo y se convertía en espejismo. Recuerdo que Osvaldo me contó el argumento de una novela de Gardel, sobreviviente de la tragedia de Medellín, continuaba viviendo un interminable exilio.

A Soriano le dolía la muerte de sus prójimos: de Haroldo Conti, de Rodolfo Walsh, de Roberto Santoro, de Miguel Angel Bustos, de Francisco Urondo, asesinados en nuestro país. Y le dolía también el silencio cómplice de quienes nombraban a los regímenes de fuerza del Cono Sur, omitiendo el de la dictadura argentina. No lo podía soportar. Recuerdo el día en que se levantó de nuestra mesa para interpelar a un intelectual soviético, el profesor Volski. Discutieron acaloradamente acerca de lo que Soriano llamaba "el estruendoso silencio" de Radio Moscú. Al final de la discusión, me pareció ver lágrimas en los ojos del profesor Volski, ex combatiente de la Segunda Guerra Mundial. Las arduas discusiones no mitigaban la alegría. A veces bromeábamos y nos divertíamos como chicos, demorando el momento de las inevitables despedidas, de las conjeturas sobre el incierto porvenir. El humor de Soriano, ese lujo democrático de su escritura, estaba entonces en su charla, "cuando éramos jóvenes e inmortales", como diría Thomas Wolfe.

Osvaldo escribía con pasión; vivía con pasión. Lo estoy viendo ahora, a un día de su muerte, en esa foto en la que aparecemos juntos, frente a un bohío. Al mirarla, recuerdo su estancia en Cuba. Ni antes ni después compartimos una relación fraternal como la de entonces. Esa es la verdad. Ahora me quedan sus libros para recordarlo, algunas fotos, y la memoria de su risa desmesurada a orillas del mar. ■





Alimentar la máquina

Por ELVIO E. GANDOLFO A lo largo de los años en que el Gordo Soriano fue publicando sus libros, me cansé de escuchar dos maneras a mi juicio equivocadas de hablar y a veces de escribir acerca de lo que él escribía. Una manera de alabarlo era decir: "Es un buen contador de historias". A mí me parecía una frase de mínima, más que de máxima. Si Soriano no podía por lo menos contar historias, más hubiera valido que se dedicara a cultivar rabanitos, o a escribir sólo periodismo, o bestsellers. La otra, para atacarlo, era justamente considerarlo autor de cosas que se venden (bestsellers), o sea: un tipo que no "escribía", que no hacía "literatura", al que le faltaba "estilo". Esos mismos aparatos críticos se dedicaban con empeño a subrayar, alabar y cantar loas a honestos, decentes, esforzados libritos, en todos los sentidos de la palabra (incluido, desde luego, el de la escasísima venta y, por lo tanto, en gran parte, lectura). Alguna de esta gente empleaba un método peor: el silencio, la demora, el forreo de cuarta, aprendido en los forcejeos burocráticos de la academia e incluso del periodismo cultural. Como algún suplemento que demoraba insólitamente en comentarlo, o que dejaba la tarea a firmas y talentos de segunda.

A lo largo de los años, a esta altura ya décadas, los tres autores argentinos que siempre me abren el apetito al sacar un nuevo libro, son el Gordo Soriano, Fogwill y Saer. En los tres casos por una cuestión simple: después de leerlos tengo realimentada la máquina propia de narrar. Las razones son muy distintas, desde luego: en el caso de Saer, por ejemplo, hay mucho de zona geográfica compartida. Pero lo que sí los unía, y ponía en marcha mi propia máquina de ficcionar, era que los tres tenían poéticas fuertes.

En algún trabajo sobre la primera media docena de novelas de Soriano argumenté esa poética con más detalle y teoría. Pero en este caso se me ocurren dos pruebas, dos tests sencillos. Por una parte, tomar cualquier libro de él (tal vez con la excepción de *El ojo de la patria*, al menos para mi gusto) abrirlo en cualquier página y abrir después en cualquier página otro libro de alguien que también fuera apenas "un buen contador de historias" y vendiera mucho. Un libro, por ejemplo, de Angeles Mastretta o de Luis Sepúlveda. De inmediato salta a la vista que tal vez los dos contadores de historias imitan mejor el "estilo literario" que Soriano, porque en él había mucho más hueso, desnudez, carozo. Pero por cierto cualquier párrafo se hunde con mucho mayor rapidez en la memoria, porque la percepción, la traducción de lo que se quiere contar, de la experiencia en palabras, no se complica demasiado la vida y, en más de un caso, directamente proviene del propio estilo real, sin comillas, de Soriano. En todo caso lo que se recuerda es sólo la anécdota, la historia, y no las palabras exactas, la música. Para ser más claros: hay frases de sus libros, climas, que se pegan como esas frases exactas de una película o, por ejemplo, el clima de *Il Sorpasso* o de *Los compañeros*.

La otra prueba, justamente, es leer cualquier obra "sorianesca" de gente que lo admiró, que lo apreció y que creyó, durante un momento, poder subir por una escalera ya construida, en vez que ir clavando los escalones propios, para ver si resisten el peso. En ese sentido copiar a Soriano (un tipo sin "estilo", supuestamente) es tan nefasto, reconocible y fallido como copiar a Borges.

Tomada en conjunto, su obra no es lisa, tersa, redonda, siempre "lograda". Hay una pelea constante, gozosa, que refleja la pelea de tratar de ir comprendiendo las cosas, paso a paso y a veces tanteando. Como lector, los dos libros que prefiero son *Cuarteles de invierno* y *A sus plantas rendido un león*, donde puso en crisis su poética anterior con un relato barroco, por momentos perplejo y por momentos abiertamente desopilante. Filmado como se merece (es decir, muy probablemente fuera del cine argentino) podría resultar un film poderoso. Incluso sin Olmedo.

Ahora que se murió, en este plano, nada más que de lector, todavía me quedan *La hora sin sombra* y *Cuentos de los años felices*, abriendo el apetito, las ganas. Y todo lo que está disperso en diarios y revistas de muchas partes, como pasó con Arlt, con Walsh.

Mi primer contacto con el Gordo Soriano fue hace muchísimos años. En su capacidad generadora, se había hecho cargo de un "Panorama del cuento argentino" en el suplemento cultural de *La Opinión*, y no se había quedado en los famosos, o los amigos, como suele ocurrir. Le pidió algo a Juan Martini, en Rosario, y también le pidió que le mandara algo de alguien nuevo. Juan mandó un cuento mío y el Gordo abrió la selección con él, con una foto, con datos biográficos. Se me enrollaron las medias de orgullo, de pedantería, y él, por supuesto, me pareció de inmediato una excelente persona.

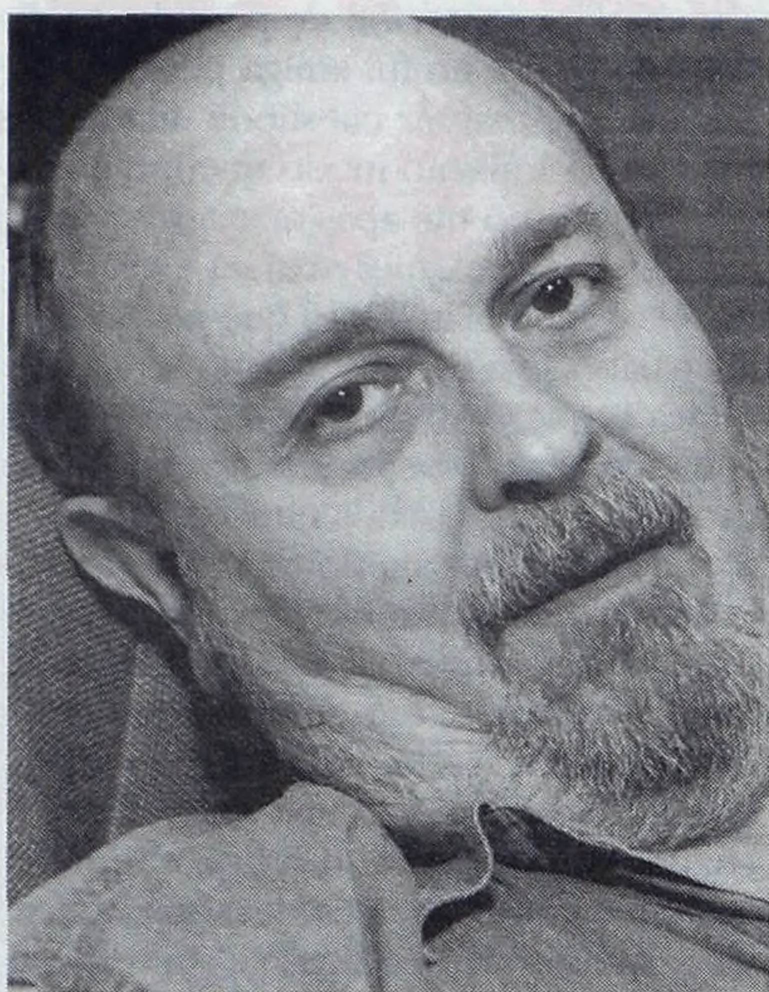
Cosa que comprobé cuando lo fui a visitar en otro viaje a Buenos Aires. Ya había explotado el éxito de su primera novela, *Triste, solitario y final*, y tuve el placer de espectador de ver a un tipo entusiasmado, alegre, copado con la tarea de escribir. Agitado de placer contaba qué personas (un importante político, un escritor a quien consideraba un maestro, un compañero del diario) no habían "podido dormir" hasta terminarlo. Y también, casi al instante, vi a un tipo furioso, enojado, impulsor de un juicio, porque sospechaba que el editor, el elusivo "jefe" de su nuevo oficio, lo estaba engañando.

Con el paso de los años tuve varias largas, tranquilas, saboreadas conversaciones con él, en especial en Montevideo, donde fue varias veces, y donde siempre había tiempo. Y una vez en Buenos Aires, con mi hermano Sergio y con la mujer del Gordo, en una cena que empezó, se estiró, perdió límites y terminó a la madrugada, en una noche de niebla leve pero fría y penetrante. Lo más fascinante en esas conversaciones era el permanente cambio de temas, y el entusiasmo para mirar todo con atención, para pescarlo, para cercarlo hasta tenerlo acorralado en una manera clara de mirarlo, de saberlo. Lo fascinaban los relojes, por ejemplo, o las costumbres de los ricos. No tanto desde un punto de vista cholulo sino folletinesco, preciso, por momentos grotesco.

La gente solía captar intuitivamente en él al tipo que le gustaba escuchar, y le contaba todo tipo de historias. En una estación, por ejemplo, un tipo le dijo que tenía una historia que no iba a poder creer. Y empezó: "Yo me acosté con Brigitte Bardot". Para agregar de inmediato: "¿No ve, no ve? Se lo noto en la mirada. Usted no me cree". Y después le dio detalles de lugares, fechas, costumbres de la diva, creíbles por una parte pero tal vez leídas en alguna parte. Al final, con spleen, con desdén casi, le había dicho: "No importa si me cree o no, pero, ¿le digo una cosa? El polvo no fue nada del otro mundo".

En otra charla, mientras Soriano se ponía a hablar de Chandler como si fuera un viejo amigo con ciática, de problemas sentimentales y de gatos recordé, en la tranquilidad absoluta del Mincho, un bar chiquito de Montevideo, que había quedado en hacerle una nota en el semanario donde laburaba. Atento, nunca tan absorto en su propia capacidad magistral de conversador como para no captar un cambio de ánimo en el otro, dijo: "¿Qué pasa?". Seco, directo. Le conté: me hinchaba las pelotas cortar la conversación como venía para abrir el portafolios, sacar el grabador, controlar que anduviera bien y grabarlo. "Y no grabes, viejo, recordá las cosas y escribí de memoria. Vas a ver que la nota te sale hasta mejor que grabada".

En ese plano, en el personal, su muerte es realmente una herida. Hacía años que no nos veíamos. Sí habíamos hablado por teléfono. La penúltima vez fue cuando sacó *Una sombra ya pronto serás*. "¿Otro título de tango?" le dije. "¿Cuándo vas a escribir una novela que se llame *Popotitos*?" Se rió fuerte. Voy a extrañar esa larga conversación que podríamos haber tenido, y la risa. R



Elogio del lector

Por RODRIGO FRESAN Soriano vive porque sus libros viven. La muerte de un escritor es una calle de doble mano. De un lado chocan todos los libros que podrían haber sido y ya no serán. Pero del otro siguen corriendo, acelerados a fondo, los libros que fueron y siguen siendo conducidos por el vértigo de sus miles de lectores. Me refiero a esos conductores que –por razones tan arcanas como finalmente comprensibles– ciertos escritores prefieran negar. Se sabe: de vez en cuando, aquí y allá, surge, como teoría/boutade, aquello de la inexistencia del lector como trama exclusiva y onanista.

Tal vez por eso Soriano –que existía y existe para los lectores– no era muy apreciado "aquí y allá".

Tal vez por eso Soriano se enojaba bastante cuando salía el tema. No por ansias de reconocimiento crítico/académico sino por la indignación de los necios que se permiten, por ejemplo, dudar de la existencia del sol por el simple hecho de que no los ilumina a ellos.

Tal vez por eso todos y cada uno de los libros de Soriano remiten, generosos, a otros libros y a la posibilidad cierta de seguir leyendo. Solo los muy imbéciles se mueren por y viven para hacer de la literatura ese lugar que empieza y termina en ellos mismos. Y tal vez --seguro-- por eso Soriano siempre parecía más interesado por lo que estaban escribiendo los otros o por lo que podía llegar a leer que por su propia obra. Soriano era un lector que escribía –lo dijo él no, lo digo yo–; entonces cómo es eso de que los lectores no existen.

Así –muy por encima de las listas de bestsellers y las ediciones agotadas–, los libros de Soriano existen porque los lectores de Soriano existen.

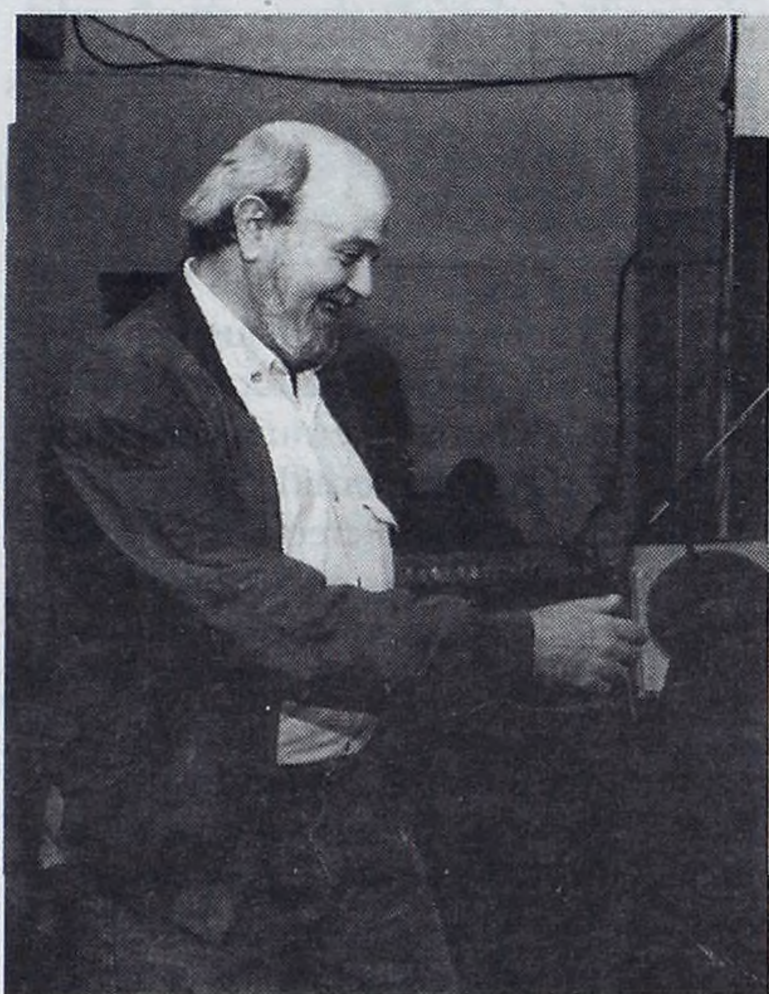
Durante estos días demasiado largos, hojeando aquí y allá, los primeros tramos de *Cuarteles de invierno* o las últimas líneas de *No habrá más penas ni olvido*, por ejemplo, vuelve a sorprenderme más que nunca el poder de una oración como anzuelo invencible, la facilidad con que uno se olvida de la página y de la letra para perderse y encontrarse en la voz y en el paisaje de Soriano que enseguida son la voz y el paisaje propios. Lo de siempre: ¡Qué difícil sonar tan *fácil*!

No soy yo solo, claro. Hay algo intimidante en la onda expansiva en cualquier libro de Soriano. Una especie de bomba feliz que se las arreglaba para alcanzar tanto a los fieles a *D'Artagnan* y *El Tony* como al habitué de La Paz o al de country-club para, después, tomar impulso, zambullirse en el océano y arrasar las rues de Francia o las vias de Italia. Eso que es lo más parecido a la inmortalidad siempre fue fenómeno raro y privilegiado.

No es común –tampoco es fácil de soportar– la paradójica felicidad que ofrece la postal de un lector anónimo estallando en llanto frente a un ataúd. Pero ahí está y por algo será. Algo habrá hecho Soriano para merecer semejantes lágrimas. Las lágrimas de alguien que en realidad está llorando porque no va a poder leer una nueva contratapa o un nuevo libro de Soriano. Queda lo escrito. Es lo que hay y no es poco. Y quedan, por supuesto, todos esos miles de libros que no los escribió Soriano pero que Soriano quería que sus lectores leyeran.

Si hay algo que a Soriano no le queda bien es la muerte. De hecho, cuesta pensarlo en pasado y –ya que cuesta tanto– por qué no emplear semejante esfuerzo en algo que a él le gustaría más.

En el cuento de Soriano, la ferocidad del lobo siempre tendrá los ojos más grandes "para leerte mejor" y el mantra chandleriano del "triste, solitario y final" muta sin esfuerzo al "feliz, acompañado y continuará..." . De ahí que –más allá de que, en principio, la muerte se presente como un agujero negro que se devora toda la luz– nada me cuesta (o me cuesta menos que pensarlo a Soriano en pasado) pensar ahora en un Soriano iluminando los estantes de tantas bibliotecas sonriendo, la gentil pero imposible de obedecer orden de un "no me lloren: lean". R



Nos conocía bien y sin embargo nos quiso

Por ANA MARIA SHUA En los años setenta alguien me alcanzó esa primera edición casi underground de *Triste, solitario y final* acompañándola por elogios que me parecieron desmedidos. Muchos años después, cuando *Triste...* alcanzó a vender un millón de ejemplares en el mundo, fue curioso y un poco triste ver a muchos de sus lectores de entonces hablando en tono despectivo del facilismo comercial de Soriano. A veces, tener buena memoria es una desdicha.

Lo cierto es que un día estaba sentada leyendo tranquilamente otra de sus novelas cuando de pronto se me cortó el aliento y me di cuenta de que algo grande y nuevo estaba pasando ahí dentro, en la mitad de ese libro. Al muy desgraciado se le había ocurrido contar –y muy bien– una de las zonas más dolorosas de nuestra realidad y de nuestra historia... ¡como si fuera una película de cowboys! Semejante falta de respeto no sólo no convertía lo importante en trivial, sino todo lo contrario: esa película de aventuras (de las buenas, de las que atrapan) ahondaba en la historia, nos hacía entender un poquito más de lo incomprensible, o por lo menos compartía nuestro desconcierto, nos permitía formular las preguntas que necesitábamos hacernos. El libro era *No habrá más penas ni olvido*, y en ese momento lo dejé por la mitad para ponerme a llamar a otra gente que lo hubiera leído porque necesitaba en ese mismo momento a alguien con quien compartir el descubrimiento. Por cierto, pronto hubo unos cuantos miles de argentinos con quienes hablar de Soriano.

Unos años después, cuando uno se estaba acostumbrado a esperar de Soriano ese efecto de sacudida sobre la realidad política más o menos inmediata (y, por supuesto, muchos atribuían su éxito al roce con la actualidad), vino *A sus plantas rendido un león*. Otra voltereta como para demostrar que si la metía de taquito no era porque no la podía meter de emboquillada. Así como se había dado el lujo de pintarnos desde una realidad convertida en una película de aventuras, ahora nos hacía mirarnos en los espejos del laberinto. En el delirio, en la fantasía, en la mitad de la jungla y encabezando una revolución de monos salvajes, el cónsul argentino había sido nombrado para siempre nuestro representante diplomático: representante de nuestros fracasos, de nuestro escepticismo y nuestras pasiones.

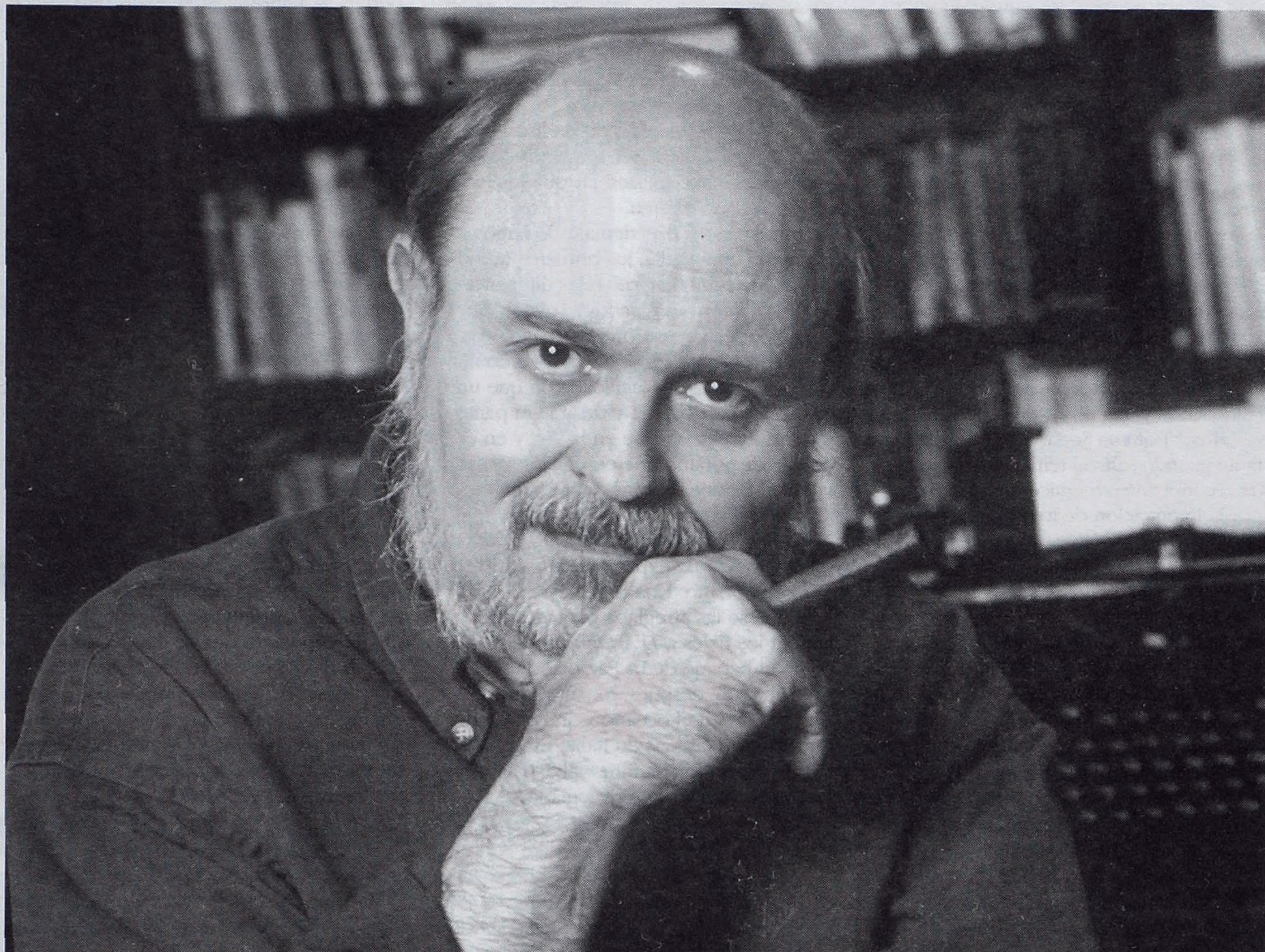
Los argentinos tenemos la sensación de que nuestra realidad es mucho más absurda que mágica, mucho más kafkiana que garciamarquesca. Esa es la visión que volvemos a encontrar en las novelas del Gordo. A lo mejor por eso nos da ganas de meternos con él en el auto y andar dando vueltas por todas las rutas del país, de este país rompecabezas hecho de piezas truchas, que nunca coinciden exactamente unas con las otras, este país que de golpe nos da tipos como el Gordo Soriano, para que lo cuenten así: patria loca, disparatada, un poco triste.

Esa es la Argentina de Soriano, y cualquier parecido con la nuestra es pura casualidad. Y si sus protagonistas son todos fracasados llenos de ilusiones, fabricantes de rosas de cobre, vendedores de recuerdos, debe ser por pura casualidad también que se nos parecen tanto.

Entonces, ¿cómo no lo íbamos a querer los argentinos a Soriano? Si nos conocía a fondo y sin embargo nos perdonaba, se burlaba de nosotros, pero también compartía nuestros pecados y a pesar de saberlo todo, nos quería.

Y tus libros, Soriano, salieron por el mundo contando nuestras penas y olvidos, haciendo de nuestro fracaso un éxito. Como el tango. R

Este sueño infinitamente triste



Por VLADY KOCIANCICH Cómo empezar. Si todavía no acepto que ocurrió, si todavía vamos a cruzarnos una vez más en la Feria del Libro o en alguna ciudad afuera del país. Si tengo que mandarle otro libro y recibir el que ahora está escribiendo, como lo hemos hecho durante más de diez años, el saludo inmediato, afectuoso, entre escritores que se sienten amigos, desde la orilla recién alcanzada y por un rato a salvo de todas las tormentas. Si todavía nos quedan resmas y resmas de páginas en blanco para lidiar con la ficción, para quejarnos de las trampas del uso de la primera persona y la sequedad de la tercera, para terminar invocando, a modo de exorcismo o de súplica, el amado nombre de Conrad. Si todavía, en este doloroso estupor, hay un impulso mal contenido de abrir mi agenda, marcar su número, preguntarle quién inventó esta historia, decir no es justo, también se trata de mi historia, se trata de haber acordado, como en un viejo pacto de familia, el escribir más libros. Esta página no figuraba en ese acuerdo.

Conocí a Soriano leyéndolo. Nadie nos presentó. No teníamos amigos comunes y aunque compartimos la misma ciudad y, por cuadras, casi el mismo barrio, estábamos muy lejos de la posibilidad de un encuentro. Soriano vivía de noche. A la hora en que él se iba a dormir yo ya estaba escribiendo. Su mundo cotidiano más visible era la redacción de un diario, que para mí era un mundo completamente ajeno. Y sin embargo, cuando hago memoria, desde el primer momento estamos conversando sin necesidad de traducción, sin ese forzado intercambio de datos y gustos personales, el dossier de la cortesía que se entrega antes de comenzar una amistad. No me sorprende.

Siempre me sentí amiga de las novelas de Soriano y la lectura es una larga conversación con el autor. Uno se ríe con él, le hace preguntas, las contesta, discute. Y mientras tanto, uno no se siente tan solo. La literatura es un oficio temiblemente solitario. No hay consuelo más efectivo para los momentos de angustia que el acierto de ese otro escritor, tu compañero de aventura. Ves que hace bien lo que no te está saliendo bien por falta de audacia o de coraje y su éxito te da ánimo. Ves que avanza con paso resuelto sobre un obstáculo igual al que te empantana en una frase y te dan ganas de seguirlo, aunque sea para aplaudir a la distancia. Cuenta tal como te gustaría contar, crea los personajes que te gustaría tener en tus novelas, reproduce las voces que perdiste en el ruido de las tuyas, se ocupa de describir ese lugar del mundo que no cabe en tus libros. En tu idioma, en tu patria. Y felizmente es tu contemporáneo. Así que el día que la casualidad nos reúne, continuamos, ahora frente a frente, la conversación.

Como nos presentaron los libros, nunca conocí a otro Soriano que el escritor o el lector. El periodista, el amante de los gatos, el fanático de un equipo de fútbol, el comentarista político, el Gordo Soriano de sus amigos íntimos, son para mí personajes creados por Osvaldo Soriano para representarlo en su ausencia, mientras el verdadero Soriano escribe el magistral primer capítulo de *A sus plantas rendido un león*, corta, corrige, maldice la rebeldía de un diálogo, frena el ímpetu de una situación, busca la palabra elusiva que debe cerrarle cierto párrafo.

Pienso que la novela era su ámbito natural y que como todo novelista nato terminaba por extender la seducción del género a cualquier cosa que escribiera. La compulsión de narrar era indiscutiblemente más intensa que la de transmitir una opinión o una noticia, materiales vulgares que su talento convertía en una historia con personajes y escenas memorables. Cuando una voz socarrona y como fatigada empezaba a contar una anécdota, se podía oír en ella el hábito de la selección del escritor, el trasfondo de una vida buscando el tono justo, el primer hilo del ovillo para no enredarse ni enredar la historia.

Me cuesta comprender que alguien haya dudado de su más clara identidad, la del un estupendo novelista, y que el mismo Soriano se haya sentido a veces exiliado de ese confuso paraíso de los escritores, la literatura. Porque no hay escritor argentino menos separable de sus libros, tan unido a ellos en nuestro conocimiento de Soriano, que los rasgos personales, sus simpatías, sus fobias, su conducta, me parecen un mero borrador de ficciones.

En momentos como éste, de imprevisto fin de algo que iba a durar toda la vida, sería razonable pedir plazo, unos días, unos meses de prórroga, para decir al amigo que se va de viaje lo que no dijiste por falta de ocasión y que era necesario. Como que te gustaban sus libros, que compartías la pasión de escribir, que recomendabas y regalabas su novela predilecta, que realmente esperabas seguir hablando de dificultades y de astucias para combatir la pereza o el desgano de la imaginación. Pero yo tuve suerte. Tuve el tiempo y las circunstancias para decirlo antes y lo dije.

Una cosa sola pediría. Que alguien me despierte de este sueño infinitamente triste, esta última y prescindible página de mis conversaciones con Osvaldo. ■

Un tipo querible

Por LILIANA HEKER Lo que siento ahora, además de tristeza, y de rabia, es una abrumadora sensación de pérdida. Es difícil explicarlo: no fui amiga personal de Soriano, alguna vez cuestioné una de sus novelas, del mismo modo que me gustaron otras, o no me apasionaron sus notas. Pero de cualquier manera eso –sus novelas, sus notas– es lo que no perdí; las palabras ya escritas de un escritor nunca se pierden. Lo que se pierde es la posibilidad de esperar una revelación de cada uno de sus textos nuevos, la confianza que daba saberlo una parte incanjeable, polémica, en movimiento, de nuestra generación, de nuestra literatura. Pero, sobre todo, eso de saber que una podía encontrárselo, cualquier noche, caminando por San Telmo y pararse a charlar un rato con él. Un tipo querible, eso tenía ganas de decir, eso que nunca tuve oportunidad de decirle. Un tipo del quien me hubiera gustado ser amiga. Y eso es lo que a mí, en lo personal, se me perdió para siempre. ■

Réquiem

Por MARIA ESTHER DE MIGUEL De Osvaldo Soriano me separaba su devoción por el fútbol (que para mí ni fu ni fa), su amor a los gatos (yo amo los perros), las generaciones en que vinimos al mundo y a la literatura.

Pero a Osvaldo Soriano me acercaban la literatura y algunas situaciones que, sin duda, me permitieron comprender sus libros y admirar sus trabajos y deleitarme con sus originalidades. Me unía, por ejemplo, el cariño por las provincias y esos pueblos marginados y polvorientos. Me unía el amor a la historia y particularmente a Belgrano. Y su busca del padre, entrañable. Y ese tono jocundo de buen cuentero, de delicioso narrador de vicisitudes, de acopiador impenitente de miserabilidades y ternuras populares.

Yo, lectora empedernida pero nada complaciente, según creo y me han dicho cartas de autores enfadados, he aguardado los libros de Soriano como quien se relame ante un dulce. O mejor, frente a la invitación para un viaje placentero. He subrayado párrafos y recordado frases y suspirando porque la inspiración me escamoteó tantas de sus ocurrencias. Alguna vez pensé: se reitera. Pero pronto me dije: persevera en lo suyo, qué mejor.

Si, como decía De Gaulle ya en su ancianidad, a cierta edad uno es capaz de pensar en la muerte con inexplicable dulzura, cuando apenas se han tocado los cincuenta años es duro resignarse a ese Omega de que hablaba Teilhard de Chardin. Pero el destino es inapelable. Y a Osvaldo le dijo basta.

Dicen que a Sócrates le preguntaron un día: "¿De qué te sirve, Sócrates, aprender a tocar la lira, puesto que vas a morir?" Y que Sócrates respondió: "Me sirve para tocar la lira antes de morir". Así es y está bien. Pero los libros, a diferencia de los ecos de la lira, quedan. Y allí están, para prolongar la permanencia de quien los escribió y proseguir su gestión de enseñanza y de gozo.

Sí, Osvaldo Soriano permanecerá en sus libros, en sus anécdotas y en esa otra dimensión distinta de la que denominamos tiempos del mundo y que quizá sea, simplemente, espacio total de la criatura humana.

Horacio, el poeta, decía: "*No omnis moriar*": el hombre no morirá del todo. Y el Salmista, más claro: "A tus muertos, Señor, la vida no se les quita, sino que se les cambia". Que así sea. ■

En un cielo con gatos y con noches



Por ISIDORO BLAISTEN Cierta vez, en un party, le presentaron a Hemingway un escritor. El hombre hablaba y hablaba y Hemingway bebía y miraba. Cuando el escritor se fue, el anfitrión le preguntó a Hemingway qué le había parecido.

–¿Usted no vio que el tipo nunca se sacó los guantes?

El hombre no llevaba guantes, pero era como si los tuviera puestos.

Creo que, dentro de la literatura, hay escritores que escriben con guantes. Y ahora que lo pienso, recuerdo a Humberto Costantini, lo recuerdo ahora por dos cosas: porque murió de lo mismo que nuestro querido Osvaldo Soriano y porque Costantini solía decir de ciertos escritores: "Escriben con monóculo".

Soriano escribía sin guantes y sin monóculo. Tenía la condición necesaria de todo escritor de raza: no ser aburrido. Eso, la gente se lo agradecía. Fue popular sin ser populista porque confiaba en ese aliado olvidado: el lector. Escribía para él y lo respetaba.

No se concibe un solo personaje de Soriano que antes de matar o morirse comenzase a filosofar. Simplemente es una forma de decir, porque detrás de esa escritura sensual y visual, aparentemente precipitada, había todo un trabajo sobre la lengua. Lo que pasa es que no se notaba. Como quería Huidobro: "Poeta: haz que el sudor no se note en tu obra".

El precio del dinero

Tenía, además, un fino instinto para percibir los diferentes matices del habla coloquial. Borges decía: "Así como habla la gente, así es la gente". Hacer hablar a un personaje es una forma de describirlo. Mejor dicho, una forma de ahorrarle al lector tediosas descripciones, insustanciales explicaciones.

Todos los escritores lo habían oído quejarse alguna vez de la falta de reconocimiento académico. Hasta llegó a decir que no era más que un periodista que escribía novelas. Yo creo que como Hemingway, como Onetti, como Arlt, supo introducir la prontitud y la precisión del periodismo dentro de la ficción y ganar un lugar, como diría Arlt, "por prepotencia de trabajo".

Pero ese lugar tendría un precio: recuerdo que un día del '93 o del '94 nos hicieron un reportaje juntos en Radio Continental. Mejor dicho, yo estaba en el estudio y Enrique Buttini estableció una comunicación telefónica con Soriano. Osvaldo acababa de cobrar como anticipo de derechos de autor la suma más alta pagada en el país hasta ese momento. Eso representaba miles de ejemplares. Le dije que iba a despertar una envidia atroz. Se rió. Pero era cierto.

Alguien que estaba muy lejos de él, Manuel Mujica Láinez, dijo antes de morirse: "En este país el éxito no se perdona. La traición se perdona, el éxito no".

Algo que contar

A diferencia de aquellos que hicieron del tedio un género literario, Soriano tenía lo que contar. Tenía un mundo propio hecho de imaginación. Un mundo de perdedores en lugares sórdidos, pero su prosa tiene el encanto de la naturalidad.

Siempre me llamó la atención que sus personajes no se moviesen en Buenos Aires. Creo tener una explicación: como muchos provincianos, Soriano "no se halla" en la ciudad. Borges escribió un texto donde cuenta cómo el gaucho se detenía ante la frontera de lo desconocido que significaba la ciudad. La montonera nunca traspasa esa línea. Se detiene en los aledaños o, como Pancho Ramírez, ata por un rato los caballos en la Pirámide de Mayo y después se va.

Sus personajes son personajes transitorios en un país donde todo es transitorio. Seres que no llegan a ninguna parte, y empresas destinadas al fracaso. De esta materia y de esta urdimbre están hechos los sueños de gente que espera contra toda esperanza.

Ahora todo este mundo se ha detenido. Ya nadie librará las guerras insensatas y ya nadie más irá por las rutas. Nadie pernoctará en las tristes pensiones, en los tristes hoteles, donde hay perchas e insomnio, picaportes y cuadros con caballos.

Pero el Gordo también tenía humor, un humor surrealista donde el disparate es asumido con todas seriedad, un humor desproporcionado y acumulativo que crece y crece, como crece en las mejores películas de Laurel y Hardy.

Mucha sangre fría

Quizás el mismo humor que tenía en la vida. Recuerdo una vez en que me dio instrucciones por teléfono de cómo abordar a un editor. Yo tenía que firmar contrato al día siguiente y él me decía:

–Primero que nada, sangre fría.

Y yo anotaba en el anotador de los mensajes: "Sangre fría".

–Después, jugá callado. No aceptes la primera oferta.

Yo anoté: "No primera oferta".

–Después, cuando te hace la oferta, vos le decís: "No me hace sonreír esa oferta".

Al día siguiente, apenas el editor me hizo la primera oferta, yo tragué saliva, dije: "'ta bien". Y firmé.

Gran fabulador, construyó su "estética" (como se dice ahora) "ficcionalizando" (como se dice ahora) la realidad. Hizo de su infancia una leyenda y de su vida una novela. Siempre supo que la literatura es la más bella de todas las mentiras.

Yo creo que Soriano pensaba en imágenes. En la Biblia está escrito: "Donde no hay visión, el pueblo perecerá", y esa palabra, "visión", no es solamente una imagen. Esa palabra significa "ver". Su estilo refleja esa visión, esa sucesión de imágenes que se aniquilan entre sí y llevan al vértigo. Pero la literatura no es una guía para atolondrados, ni el apuro significa amenidad, por eso quizá sus mejores momentos sean aquellos donde establece, para el justo ademán, el aire justo.

Hoy está muerto y yo lo recuerdo. Como en el fútbol, que tanto amaba, la muerte, que como el tiempo "no vuelve ni tropieza", le cambió el marcador. Se me hace que ya está en un cielo con gatos y con noches.

Por la boca vive

Por CARLOS ULANOVSKY Se me ocurre llamarlo *Maestro* porque, todavía hoy, en cualquier contratapa, era capaz de sorprender con una lección. Los periodistas que todavía queremos seguir aprendiendo lo leíamos agradecidos. Tenía aceitados los mecanismos y prestas las herramientas para volver luminoso al personaje más oscuro y empequeñecer al gigante asestándole unas pocas palabras. Su ironía deleitaba, por precisa, por batir la justa. Escribió periodismo y literatura sin diferencias, sin defraudar al idioma y sin contrariar a la información, desarrollando al mango una admirable capacidad para el equívoco, fundamental para sostener el interés, la fantasía, el sueño, la imaginación, ya sea en notas o en novelas.

Pero el escritor por la boca empieza. Sabía escribir pero contaba las cosas de un modo excepcional, como si se reescribiera a sí mismo o a los demás. Lo que fuera, era un lujo pasado por su boca, historias de gatos, picaresca de redacciones, miserabilidades entre intelectuales, la inicial huida de Tandil en 1969, su ingreso a *Primera Plana*, cuentos formidables sobre García Márquez, París, Chandler, Laurel y Hardy, Cortázar, todo aquello que amó. También era un placer escucharlo hablar de su padre.

En 1984, cuando el mío todavía vivía, me sorprendió diciéndome del suyo: "Digerí muy mal la muerte de Soriano. Porque yo le decía Soriano y él a mí también. Manteníamos una relación respetada y distante a la vez, algo que tienen mis personajes. Nos dábamos la mano, no nos besábamos. Su muerte me hizo adelantar mi muerte".

Su relato de cómo en 1981 siguió desde París, por teletipo y por teléfono, el descenso a Primera B de San Lorenzo, era regocijante y tristísimo a la vez. En especial esa parte en que ningún francés lo entendía y le preguntaban (en francés, claro): ¿Y qué es lo terrible, y qué es lo terrible? El dijo: "Hasta que me di cuenta de que, visto a través de Descartes, no tenía nada de malo". El martes pasado a la noche yo lamentaba que no podría escuchar más aquel cuento del '73, cuando en el aeropuerto de Londres, sin saber una pepa de inglés, el Gordo pretendía embarcarse a Los Angeles. En eso, magia pura, un tape de Soriano entrevistado por Biasatti en setiembre de 1996, me revivió la anécdota, mejor que nunca. *To Los Angeles*, macaneaba el guía.

Murió un maestro. Quien lo haya leído en sus libros podría ufanarse de conocerlo. Puede ser. Pero quien lo haya escuchado parlar en el café La Paz, en *La Opinión* o en la Feria del Libro no lo olvidará jamás.

El novelista y el banderín



Por RODOLFO TERRAGNO La primera vez que leyó un libro ya era mayor de edad. Durante su infancia y adolescencia se había limitado a vivir. A los 21 años, en Tandil, donde oficiaba de obrero metalúrgico, alguien le prestó *Soy leyenda*, de Richard Matheson: una historia de ciencia ficción en la cual un hombre, acosado por un grupo de vampiros, cree ver en uno de ellos la cara de Oliver Hardy. Lo conmovió aquella aparición. En los cines de pueblo, a él le había crecido, al tiempo que el odio por Charles Chaplin, la pasión por el Gordo y el Flaco.

Chaplin era, para él, el típico héroe de la sociedad norteamericana. El hombre que había alcanzado, simultáneamente, las dos cosas que más se valoran en los Estados Unidos: el prestigio y el dinero. Soriano lo acusaba de trocar talento por propiedades. En cambio, Stan Laurel y Oliver Hardy eran héroes universales. El Gordo había muerto en un asilo, hemipléjico, trasladando su pesada anatomía (al final, reducida a 60 kilos) en un sillón de ruedas. El Flaco había muerto en una pensión donde, fuera del hambre, casi nadie llegaba a visitarlo.

Osvaldo creía (como Buster Keaton) que los norteamericanos se habían reído con el Gordo y el Flaco, pero jamás les habían perdonado que sus aventuras –escritas por Laurel– fueran continuos embates contra el orden y la propiedad: una herejía prolongada, en la vida real, por aquellos dos hombres que despreciaban la fortuna, trabajaron siempre por un salario y terminaron convirtiéndose en *white thrash*: blancos míseros y, por lo tanto, despreciados. Torpes seres que se negaron a lucrar, rehusaron los beneficios de una sociedad incomparable y se hicieron, así, acreedores a la soledad.

Con *Soy leyenda*, Osvaldo comenzó su frenética carrera de lector. Antes de *Triste, solitario y final*, se pasó nueve años leyendo sin parar. Como había preservado tanto tiempo la virginidad literaria, pudo seleccionar con criterio sus lecturas tardías: desdeñó el cotillón, ignoró los artificios y buscó la literatura vital que encontró en todo tipo de libros. Mientras leía, empezó a escribir (en el taller) unos cuentos horribles. Luego, en *El Eco de Tandil*, se improvisó en la crónica deportiva. A los 26 años, llegó por primera vez a Buenos Aires. Venía a escribir.

Antes, fue a practicar un rito. Una misión sacramental que, con unción religiosa, cumplió un miércoles por la tarde cuando, con permiso del canchero, penetró en el silencioso "gasómetro" de Avenida La Plata, recorrió el túnel, subió unas escaleras y, con los pies sobre el pasto de la cancha, alzó las manos para tocar uno de los varios cielos a los cuales aspiraba.

En 1973, preparó sus yemas para otro cielo. Una mañana, antes de irse a dormir, me entregó en un café de la calle Paraguay los originales de *Triste, solitario y final*. Luego, durante días, discutimos mis inútiles observaciones. Yo, incapaz de escribir lo que criticaba, subrayé con pedantería verbos mal conjugados y pronombres ociosos. El talento, sin embargo, se impuso a mi tilinguería morfológica. Al final, le devolví los originales y, a principios de junio, cuando Corregidor se aprestaba a lanzar el libro, escribí en *Cuestionario* una alabanza anticipada. El título anunciaba: "Este mes debuta un gran novelista".

Yo lo había conocido en 1971. El municipio había resuelto, por entonces, trasladar la estatua de Florencio Sánchez a la calle Corrientes. En una nota perdida y sin firma, pero llamativamente bien escrita, *La Opinión* comentó la mudanza. Fui a verlo a Horacio Verbitsky –jefe de redacción de aquel diario memorable– y le pedí que me presentara al autor del suelto. Horacio me llevó, entonces, al escritorio donde encontré a Osvaldo. Fue el acto inaugural de esta amistad que duró un cuarto de siglo. Una amistad que se mezcló, casi desde el principio, con la admiración. La admiración con la cual seguí, durante estos veinticinco años, cada uno de sus párrafos.

Una noche me explicó cuánto le debía a Raymond Chandler, el creador de Philip Marlowe. Como el Gordo y el Flaco, Marlowe era (a su juicio) la contracara de los Estados Unidos. El detective que despreciaba la violencia. Que no mataba. Que jamás entregaba a un delincuente a la policía y, a menudo, era (él mismo) víctima de los excesos policiales. Chandler creó a Marlowe. Lo hizo sufrir mucho y, antes de morirse, lo casó con una mujer rica, vacía, posesiva y norteamericana. En una carta, el autor confió a un amigo: "Creo que esto *[el casamiento de Marlowe]* no va a durar". Pero Chandler se fue antes de liberar a su personaje de aquella atadura. Osvaldo se encargó de esa tarea. En *Triste, solitario y final* se mezclaron Marlowe, él mismo, y la memoria de Laurel y Hardy, todos unidos para luchar contra Chaplin, John Wayne y la sociedad norteamericana. Para luchar y, naturalmente, perder. Los héroes, incluido el propio Osvaldo, cargaban con la violencia, la practicaban sin quererlo, se sumían (involuntaria e inevitablemente) en el mundo que despreciaban.

Un día, Osvaldo aceptó una invitación para ir a Turquía. La aceptó, solamente, porque Ankara estaba "cerca" de Los Angeles. No se preocupó por averiguar (ni le habría importado saber) que Los Angeles está a 9.852 kilómetros de Buenos Aires y a 11.259 de la capital turca. Lo importante, para él, era que Ankara y Los Angeles estaban en el extranjero. Nos reímos, sin razón, de su geografía. Dejamos de reírnos cuando Osvaldo logró volver de Turquía vía Los Angeles y nos contó cómo había llegado, con un ramito envuelto en papel de diario, hasta la tumba de Laurel.

Fue el inicio de su romance con *extrangia*. Un romance saboteado, en el principio, por su mala relación con los idiomas. Es imposible olvidar su mirada suspicaz, examinando al amigo del cual oía que, en Francia, noventa se dice *quatre-vingt-dix*. O ese intento de reinventar el esperanto que lo llevó, en Heathrow, a decirle: "*Ma... ¿cómo?*" a una empleada de Avianca que no hablaba castellano.

Luego, París se convirtió en su residencia. Yo vivía al otro lado del canal de la Mancha, en el condado de Kent. Nos encontrábamos casi todos los meses en el Quartier Latin. El insistía en leerme textos que yo pugnaba por leer por mí mismo (no me gustaba su típica cadencia de escritor) y él me sometía a interrogatorios infinitos, procurando extraerme hasta el último dato de mi investigación sobre el ostracismo de San Martín. Era nuestro propio (modesto, casi anónimo, intrascendente) exilio. Hecho, claro está, de dolores íntimos que, un día, vinieron a agravarse por la noticia, brutal e increíble: San Lorenzo había caído a la B.

La rutina duró un año: Osvaldo pasaba los sábados, a medianoche, por la oficina de France Presse. Luego me llamaba por teléfono a Inglaterra y me pasaba los resultados de los partidos. Una madrugada, me llamó para decirme que había llorado. Yo había escrito, en una carta, algo que quiero transcribir, confiando en que la explicación ulterior justifique la impudicia de la autocita: "San Lorenzo no es un nombre (alguna vez tuvo y podría tener otro distinto), ni unos colores (a veces, puede ser blanco), ni mucho menos el conjunto de los individuos ocasionales que dicen representarlo. San Lorenzo es un código; un sistema de señales que convoca al espíritu vivencias y sentimientos que, de otra manera, estarían dispersos. San Lorenzo sólo existe en mí, pero yo necesito que, fuera de mí, tenga una existencia reconocida y esté presente cada domingo, y provoque gritos, euforias, rabias. Ocurre, sin embargo, que no sólo ha encontrado el descenso: hay peligro que encuentre la nada. Y si San Lorenzo muere, se morirá otra vez mi tío Daniel, de quien yo heredé el fanatismo. Y morirán, definitivamente, sentimientos asociados a ese nombre. Morirá un poco de mi propio pasado, o yo me veré obligado a reconocer su muerte. La de aquel muchacho que sufría, gritaba, saltaba, sobre los tablones de madera de avenida La Plata, simulando que sufría por el rojo y azul, que gritaba el nombre de un club, que saltaba en nombre de sus once mandatarios, y que en realidad deliraba frente a un escenario donde aquellos jugadores le devolvían una imagen simbólica, espectacular, irreal, de sí mismo".

La muerte que yo imaginaba no se dio. Era una alucinación. Fue por eso que, el jueves, con la esperanza de estar padeciendo otro temor injustificado, le entregué al gran novelista –en sus propias manos– un banderín azulgrana.

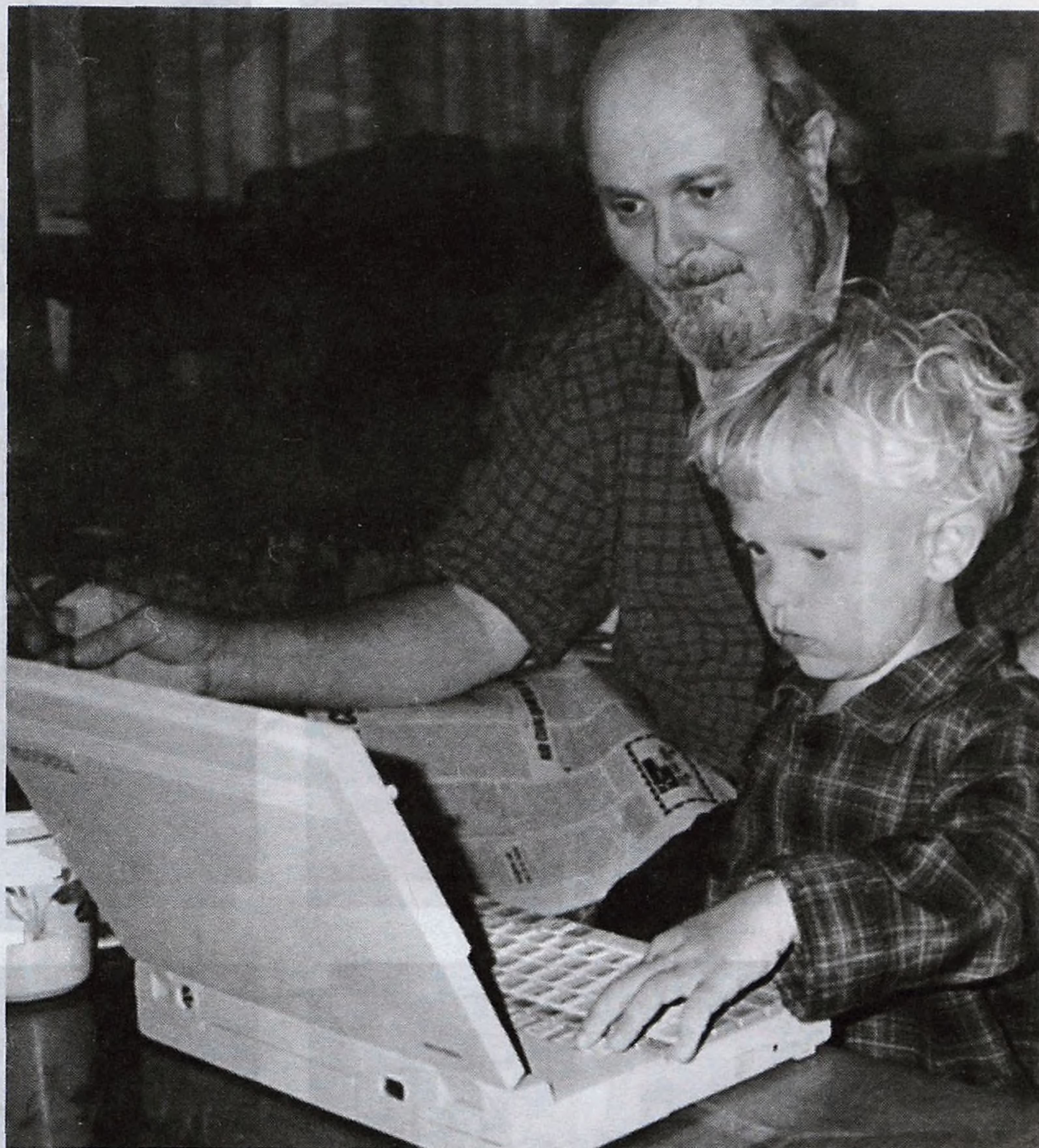
Escupiendo a los japoneses

Por CRIST Estábamos en casa de Beto Compagnucci en Barcelona. El Beto se despachaba con una historia delirante que transcurría en Siria. En el medio del desierto ve una casa con galería y un molino de viento marca "Guanaco". El Beto manejaba un jeep. Hacía calor. Al acercarse ve a dos paisanos tomando mate. El Beto les pregunta en rosarino antiguo: "¿Puede bajar un paisano que no trae nada en la mano?". Le contestan: "Baje, aparcero". Y agregan: "Si gusta de un verde medio lavao..". El Beto es arquitecto. Andaba construyendo escuelas y hospitales para un estudio catalán donde trabajaba. Seguramente la nostalgia le hacía ver gauchos en los lugares más insólitos. Después aclaró que esos sirios habían vivido muchos años en la patria y tanto les habían gustado estos lares que se habían llevado hasta el molino. Mentiras más, mentiras menos, nos cagamos de risa con el Gordo Soriano, imaginando la literatura gauchesca trasladada a Siria.

Soriano escuchaba, grababa mentalmente, gozaba las anécdotas relatadas en el tono coloquial que nos caracteriza. Yo conté, embalado por el éxito del cuento del Beto, mi historia con unos punguistas de Tres Arroyos que escupían japoneses en el Vaticano. Los escupían y después les decían que era "merda de colomba, signori". Y, mientras tanto, les metían la mano en el saco y se llevaban la billetera. ¿Por qué a los japoneses?, les pregunté. "Hasta que les entiendan, querido...", me contestó el señor de Tres Arroyos peinado a la gomina. Soriano se reía y sentía como propias las historias de los argentinos diseminados por el mundo por obra y gracia del terror. Le gustó tanto que después escribió un cuento que publicó en la revista *Humor*.

El habló de gatos, de las amigas de Barcelona, en ese refugio lleno de letras de la calle Carolinas 26, sus amigas, mis amigas. Hablaba con un acento pausado, muy aporteñado, como los malevos. Había dejado el trago. Iba a las reuniones con su botella de gaseosa. No parecía un escritor. Parecía un tipo que uno había conocido en un bar, que hablaba de cómo organizar una biblioteca "por si a la madrugada se le da por consultar a los clásicos". Prefería hablar de fútbol a hablar de estilo. Parecía un tanguero de los años veinte. Mezclaba las anécdotas de París con las de su barrio. Tonto no era; había leído todo pero trataba de que no se le notara.

Después lo vi en el cine, en fotos y reportajes. Firmando contratos impensados para un cronista de nuestras contradicciones. Una noche nos encontramos en el centro de Buenos Aires de casualidad. Me acercó hasta San Telmo en un auto grande. Hablamos de pavadas, de la Argentina. No mencionamos a Arlt, a Hemingway, ni a Faulkner, ni a Chandler, ni a los clásicos, ni a los sirios, ni a los punguistas argentinos del Vaticano. ■



Final

Por JUAN SASTURAIN Estoy seguro de que a Soriano le gustaría la idea. Porque había leído y le gustaba Chandler y le gustaba cómo Chandler había leído a Hammett en *El simple arte de matar*. Porque de pibe cantaría *último* a la bolita, porque entró a la literatura corriendo de atrás, y fue primero último, como *Leguisamo*.

El, Soriano, ultimaba. Eso era lo suyo. Ejercía el difícil arte de ultimar incluso en un diario en que se mataba y se moría sin arte toda la semana, rodaban las Cabezas, dejaban de rodar de golpe sus pulmones.

Soriano al escribir ponía la tapa, la contratapa, la última palabra del domingo: ultimaba semanalmente desde ahí. Decía lo último, se quedaba con la última palabra. Te mataba y se mataba: al final, escribía de últimas.

Si empezó con un adiós leído y traducido –"triste, solitario y final"– en que algunos mataban por dinero, y Marlowe y Soriano se salvaban por amor, al final quiso ultimar la sombra última en una hora sin. Y, según dicen, parece que pudo:

–Soriano –lo llamó Ella, la falsa ultimadora.

–Agarrámela con la mano –la ultimó él. ■